

EL BRONCE FINAL Y LA EDAD DEL HIERRO EN LA EUSKAL HERRIA ATLÁNTICA: CROMLECHS Y CASTROS

Xabier Peñalver Iribarren*

RESUMEN.- Se incluye un amplio estudio de los yacimientos habitacionales y funerarios del Bronce Final y Edad del Hierro en la zona atlántica de Euskal Herria (País Vasco y Pirineos), muchos de ellos descubiertos y excavados en los últimos años. El modelo general muestra una zona al oeste con poblados fortificados en altura sin restos funerarios conocidos, y otra al este en los Pirineos, con abundantes cromlechs pero sin que se hayan registrado sus asentamientos de hábitat. Frente a la idea tradicional de movimientos de trashumancia estacional entre ambas zonas, se plantea la hipótesis de dos poblaciones separadas con diferentes sistemas de ocupación del paisaje. La división de ambos grupos coincide con la antigua entre Vascones y Vardulos, y con la actual entre dos variantes dialectales del idioma euskera.

The Late Bronze and Iron Ages in Atlantic Euskal Herria: Cromlechs and Hill Forts.

ABSTRACT.- A summary is given of an extensive study of the settlement and funerary sites of Late Bronze and Iron Ages in the atlantic zone of Euskal Herria (Basque Country and Pyrenees). Many of these sites have been discovered or excavated in recent years. The general model is of two areas, one at west with hill forts overlooking the valleys, without any funerary remains, and other at east in the Pyrenees, with funerary cromlechs but without any associated settlement. In opposition to the traditional explanation, i.e. seasonal transhumance movements between the two zones, an alternative is tentatively advanced, that they were occupied by separated human groups, with different landscape strategies. The division between the two areas is roughly coincident with the ancient one between Basconi and Varduli, and between two dialectal variants of Basque language.

PALABRAS CLAVE: Euskal Herria, Bronce Final, Edad del Hierro, Castros, Megalitismo, Arqueología del paisaje.

KEY WORDS: Euskal Herria, Late Bronze Age, Iron Age, Hill forts, Megalitism, Landscape archaeology.

1. INTRODUCCIÓN

Hace aproximadamente dos décadas que iniciamos un programa de investigación en torno al Bronce Final y Edad del Hierro que abarcaba en un principio el territorio de Gipuzkoa. Los trabajos se iban a desarrollar tanto en el campo, mediante un programa sistemático de prospecciones con catas así como excavaciones arqueológicas, como en el laboratorio.

En las prospecciones con catas para la localización de hábitats al aire libre y en cueva, entre los años 1981 y 1982, realizamos trabajos en varias decenas de cuevas de Gipuzkoa en compañía de A. Armendariz y J.A. Mujika, publicándose los resultados dentro de la Carta Arqueológica de Gipuzkoa de 1982. La búsqueda de nuevos poblados se desarrolló inicialmente en tres campañas, siendo coordinadas por C. Olaetxea.

La primera, entre 1987 y 1988, afectó a la zona de Murumendi-Intxur así como al Sur del Alto Deba, descubriéndose el poblado de Murugain (Arrasate-Aretxabaleta-Aramaiona). La segunda campaña tuvo lugar entre 1988 y 1989, en la cuenca del Urola, no ofreciendo resultados positivos. La tercera, entre 1989 y 1990, comprendía el Bajo Deba y el Norte del Alto Deba y fruto de ella fue el hallazgo del poblado de Moru (Elgoibar). En 1989 se descubrió el poblado de Buruntza (Andoain). Finalmente, en 1992 sendas catas confirmaron la existencia de los recintos de Murumendi (Beasain) (Lám. 1) y Basagain (Anoeta), y en 1995, tras renovarse las campañas de prospección de poblados, fue descubierto el de Munoaundi (Azpeitia-Azkoitia) (Fig. 1).

En el campo megalítico, junto a las campañas sistemáticas desarrolladas por J. Blot, L. Millán y L. del Barrio principalmente, en busca de nuevos cromlechs

* Sociedad de Ciencias Aranzadi. Alto de Zorroaga. 20014 Donostia-San Sebastián.

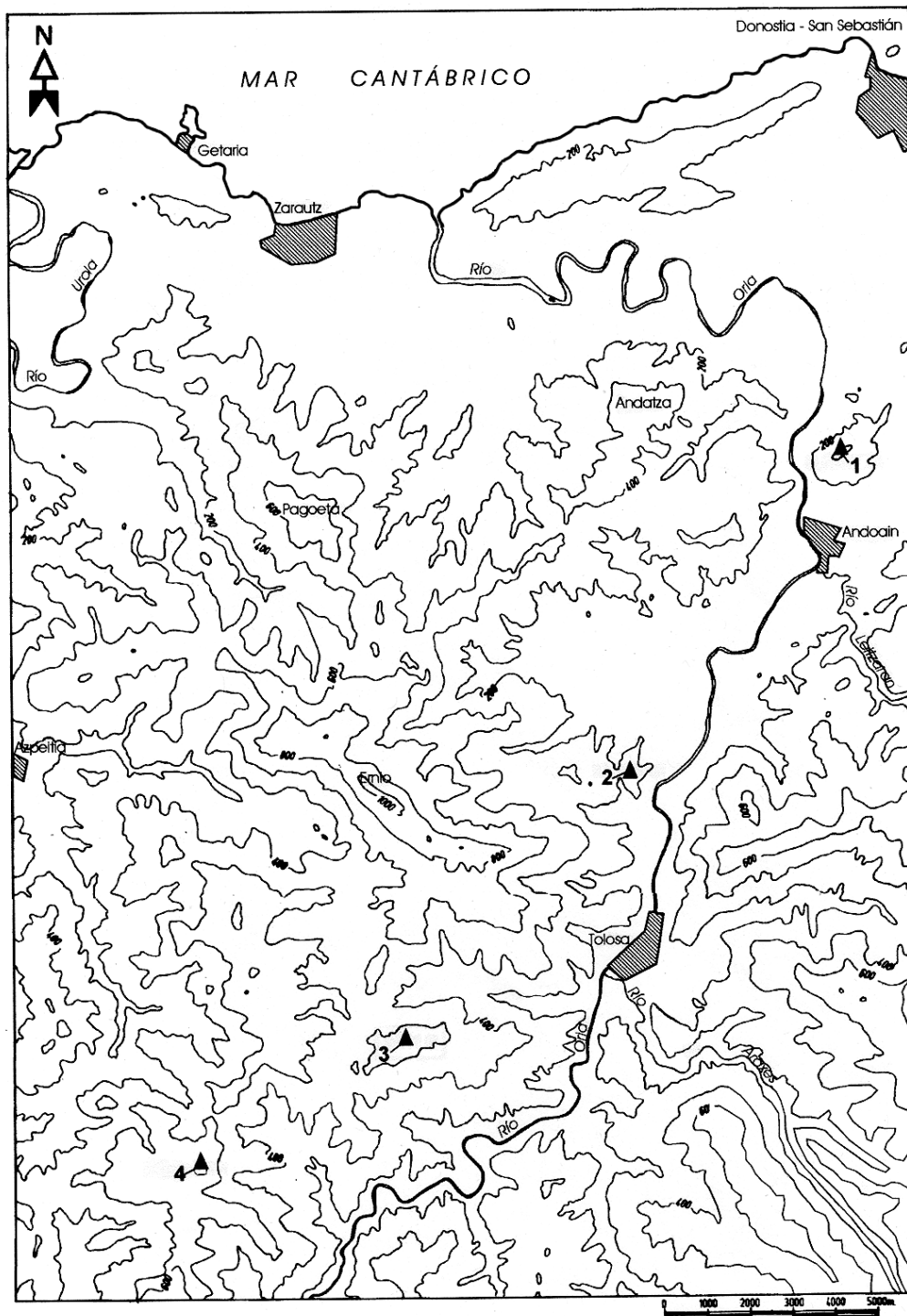


Fig. 1.- Poblados fortificados alineados a lo largo del valle del Oria (Gipuzkoa). 1. Buruntza; 2. Basagain; 3. Intxur; 4. Murumendi.

entre los años 1970 y 1998, por nuestra parte, además de llevar a cabo una serie de prospecciones, hemos revisado la totalidad de los hallazgos con el fin de elaborar el correspondiente catálogo (Fig. 2).

Las excavaciones arqueológicas han sido otro de los centros de atención de nuestro proyecto global. Hemos excavado conjuntos de cromlechs como Mulisko Gaina (1983-1985) (Fig. 3), monolitos como Supitaitz

(1982), cistas como Onyi (1987) y poblados como Intxur (1985-1993) y Basagain (1994-2000, en curso). Al mismo tiempo practicamos sondeos y catas en los poblados de Murugain (1988), Buruntza (1989) y Moru (1991). C. Olaetxea ha excavado el poblado de Buruntza (1992-1996) dentro del mismo proyecto, iniciándose en 1998 amplios sondeos en el de Munoaundi, dirigidos por S. San José.



Lám. 1.- Poblado de Murumendi (Beasin).

Según avanzaban las investigaciones decidimos ampliar el marco geográfico del estudio al resto de los territorios de la vertiente atlántica de Euskal Herria, al constatar la problemática similar de todos ellos. Así, los trabajos de prospección y las excavaciones llevadas a cabo en los yacimientos de Araba (Álava) atlántica, Bizkaia, Lapurdi, Nafarroa (Navarra) atlántica, Behe-nafarroa (Baja Navarra) y Zuberoa han sido incluidos en el estudio.

Las labores de campo desarrolladas en torno al mundo funerario entre los años 1983 y 1998 las hemos plasmado en un catálogo de 1.104 cromlechs pertenecientes a 413 conjuntos situados a lo largo de los principales cordales pirenaicos. La cohesión del fenómeno “cromlech” hizo que ampliásemos el marco geográfico de estudio para este tipo de yacimiento a los territorios de Bearn, Huesca y Altos Pirineos con el fin de incluir la totalidad de los conocidos hasta hoy.

El estado de la cuestión antes de iniciar los trabajos señalados hacía difícil referirse al período del Bronce Final-Hierro, salvo para tratar de una serie de actuaciones que por otra parte apenas si aportaban información. La situación era vista por A. Llanos (1978) en lo que a Bizkaia y Gipuzkoa se refiere, del siguiente modo: “... han sido escasas las investigaciones que en relación con estas edades se han efectuado. A excepción de las excavaciones de los castros de Inchur (Guipúzcoa) y Navarniz (Vizcaya), puede considerarse que no se han hecho excavaciones en ningún otro yacimiento, a excepción de los estratos superiores de ciertas cuevas donde se dan algunos materiales pertenecientes a estos momentos. El resto de los materiales disponibles sobre los que realizar este análisis son de

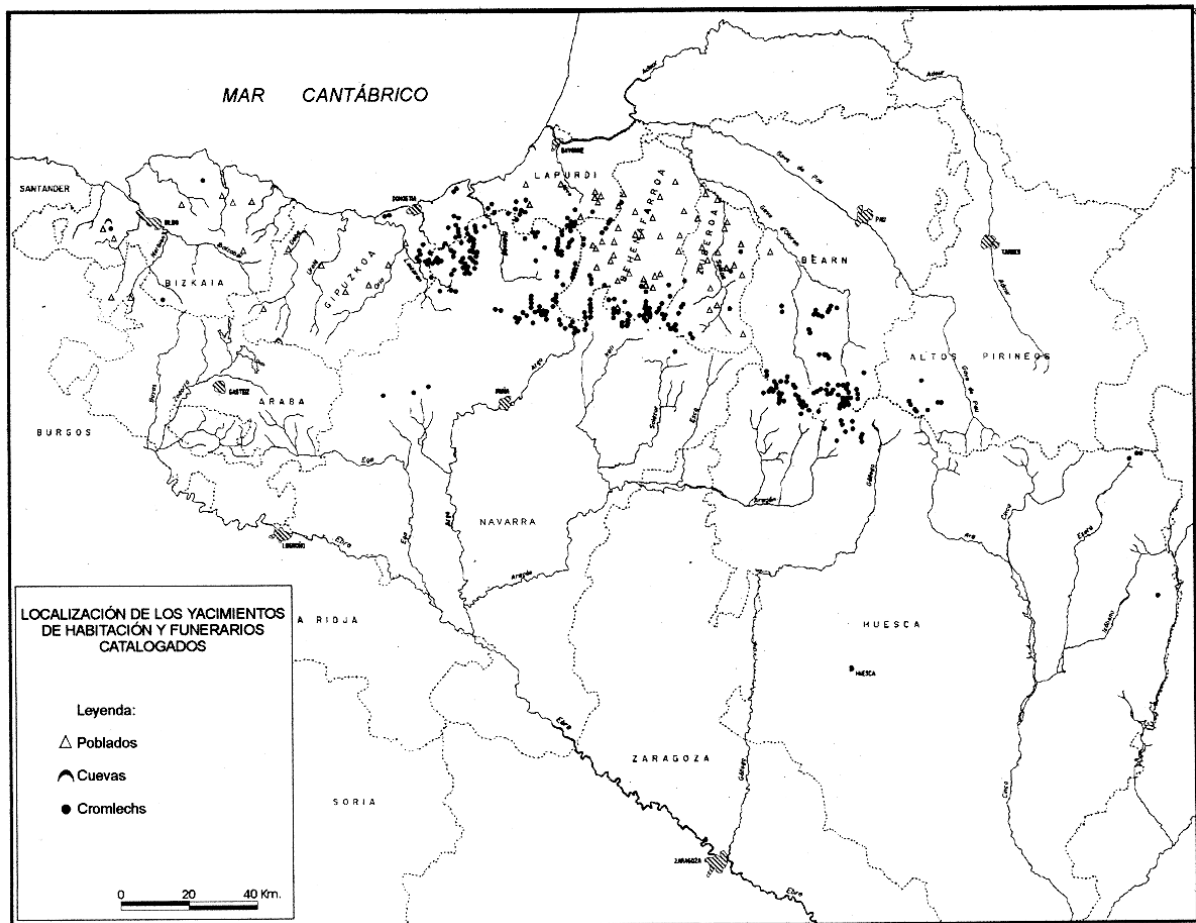


Fig. 2.- Localización de los yacimientos de habitación y funerarios catalogados.

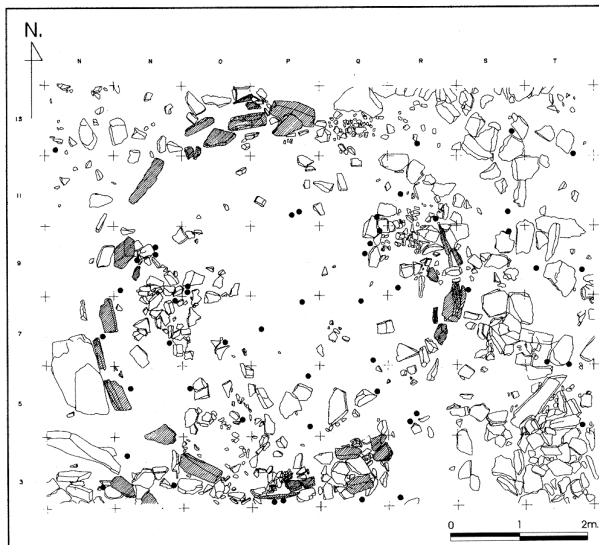


Fig. 3.- Cromlech nº 1 del conjunto de Mulisko Gaina (Gipuzkoa).

hallazgos casuales, sin ningún control previo y en muchos casos ni tan siquiera posterior”. Por nuestra parte añadiremos que los trabajos practicados tanto en Marueza como en Intxur en los años 1944 y entre 1957 y 1959 respectivamente, no proporcionaron material arqueológico alguno. No obstante, en los territorios de Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa, F. Gaudeul ya venía interviniendo desde los años 70 en torno a los poblados fortificados, dándolos a conocer en su mayor parte antes del año 1980.

Sobre los cromlechs, el mismo A. Llanos considera que no se han alcanzado resultados concretos sobre su cronología y uso, aventurándose tan sólo que se trataría de formas de enterramiento de grupos pastoriles que harían perdurar una economía ganadera que recordaría a anteriores culturas.

El trabajo que hemos presentado recientemente, y del cual estas páginas son un breve resumen, contiene en nuestra opinión una serie de aportaciones de especial interés:

- La definición de un marco geográfico con una serie de características comunes que servirá de base a unas poblaciones establecidas en él a lo largo de los últimos siglos del segundo milenio y la totalidad del primero antes del cambio de Era.
- La programación y desarrollo de campañas de prospección destinadas a la localización de lugares de hábitat (poblados, cuevas y puntos aislados) y funerarios (cromlechs y cistas).
- La catalogación sistemática de los yacimientos conocidos tanto de hábitat como funerarios hasta un total de 1.186.
- El desarrollo de trabajos de excavación en yacimientos de diferente tipología así como de sondeos y catas que han permitido el establecimiento de estratigrafías en varios de ellos (Intxur, Basagain y Buruntza), así como la recopilación de materiales líticos, ce-

rámicos y metálicos principalmente, válidos para establecer las primeras tipologías para este área. La definición de estructuras de habitación al aire libre es también un elemento novedoso junto a la obtención de un importante número de dataciones absolutas.

- La elaboración de estudios interdisciplinares correspondientes a yacimientos excavados (Supitaitz, Mulisko Gaina y Onyi) y otros en curso (Intxur y Basagain).

- La presentación de las primeras valoraciones generales relativas a aspectos correspondientes tanto a las formas de vida como a los rituales y formas funerarias.

Paralelamente, las dificultades más destacadas encontradas a lo largo de todo el proceso de estudio se podrían agrupar en las siguientes:

- La carencia de un marco teórico cronológico-cultural suficiente para la zona objeto de este trabajo.
- La escasez o falta real de “fósiles” característicos que pudieran servir de guía.
- La ausencia de excavaciones y estratigrafías en lugares suficientes.
- La dificultad de aplicar modelos ajenos a las situaciones culturales que encontramos aquí, lo que obligaba a construirlos a partir de los nuevos datos obtenidos, cuyas cronologías absolutas, características del equipamiento y secuencia general de la cultura llenan un vacío importante en el conocimiento de la Pre y Protohistoria de Euskal Herria.

2. HÁBITAT Y FENÓMENO FUNERARIO: CONSIDERACIONES PREVIAS

El hábitat en la etapa protohistórica ofrece una importante diversidad en el continente europeo, presentándose en unos casos en forma de poblamiento agrupado mientras en otros aparece de manera dispersa.

La existencia de núcleos más o menos importantes, perfectamente organizados y en ocasiones con estructuras que pudieran considerarse de tipo proto-urbano, no significa la inexistencia de otras formas de poblamiento aislado, y entre las cuales pudieran haberse establecido diferentes relaciones. Mientras tanto, la perduración de formas de vida de etapas anteriores es un hecho detectado en la práctica totalidad de las zonas. En un continente rural, estos primeros centros de población se irán convirtiendo en motores de una organización económica y social más compleja; paralelamente la función de las cuevas se habría ido quedando relegada a refugio temporal.

En la actualidad está fuera de toda duda que es el estudio de los lugares de hábitat, dadas sus características, el que va a proporcionar una considerable información de cara a analizar las formas de organización de estas sociedades correspondientes a las culturas prerromanas; solo en algunos casos los lugares funera-

rios nos ofrecerán datos complementarios, además de los propiamente relativos al ritual desarrollado en torno a los muertos.

Dentro de la vertiente atlántica de Euskal Herria, disponemos en estos momentos de un buen número de lugares de habitación y que hemos agrupado en poblados, cuevas y otras formas. Indudablemente el primero de los grupos es el más numeroso en nuestra zona de estudio, algo común al resto de Euskal Herria y zonas limítrofes. Se trata de una forma de poblamiento agrupado, con signos de estructuras organizativas y de carácter estable.

Al igual que sucede en la práctica totalidad de Europa estos núcleos parecen ser los dinamizadores principales del territorio, complementados en ocasiones por otros grupos humanos establecidos de forma aislada. De estos últimos no contamos de momento con ningún resto si exceptuamos las escasas cuevas ocupadas contemporáneamente a los poblados fortificados así como una serie de establecimientos de montaña aún poco definidos. En la actualidad conocemos un total de 80 yacimientos de habitación en la zona estudiada de los cuales 72 son poblados y 8 cuevas además de unos primeros testimonios de poblamientos de montaña.

Con respecto al fenómeno funerario, en el territorio que comprende la zona atlántica de Euskal Herria no se conocen hasta el momento, de forma clara, restos de enterramientos correspondientes al primer milenio anterior al cambio de era que no sean cromlechs (tumulares o no) o túmulos. Estos monumentos, distribuidos en la zona pirenaica y sus proximidades, no rebasan una serie de líneas que delimitan un espacio muy definido. Los enterramientos en fosa, cistas o necrópolis de campos de urnas, cada vez más conocidos en la vertiente mediterránea de Euskal Herria así como en zonas limítrofes no han sido localizados hasta hoy en el área estudiada.

Sin embargo, la estructura genéricamente denominada "cromlech pirenaico", precisamente por su propia delimitación espacial no resuelve la problemática del fenómeno funerario en amplias zonas objeto de nuestro trabajo. Así, desconocemos las formas de enterramiento a lo largo del Bronce Final y la Edad del Hierro en la totalidad de Bizkaia al igual que en gran parte de Gipuzkoa y zona atlántica de Nafarroa, fuera de los límites que marcan el río Leizaran por el Oeste y una línea paralela al Pirineo en la zona navarra. El hallazgo de un escasísimo número de monumentos fuera de estos límites no resuelve de momento esta problemática.

Por lo que se refiere a la vertiente Norte del Pirineo, en Lapurdi, Zuberoa y Behenafarroa las limitaciones son semejantes al no contar con enterramientos conocidos que no sean los del tipo ya señalado, y siempre dentro de las zonas pirenaicas o en sus proximidades.

Es sin embargo en las áreas de Bizkaia y Gipuzkoa principalmente, carentes de restos funerarios conocidos, en donde se han localizado poblados y cuya excavación ha proporcionado abundantes informaciones a cerca de las formas de vida de estos grupos humanos del primer milenio antes de nuestra era. Y es precisamente la ausencia de enterramientos de tipo cromlech la que nos hace pensar en que en esta parte del territorio, los pobladores de estos recintos fortificados utilizarían otras formas de enterramiento diferentes.

El carecer de información sobre lugares funerarios fuera de las zonas de cromlechs puede deberse a dos factores. Por un lado la búsqueda de estos yacimientos no megalíticos no ha sido emprendida hasta hace escasas fechas, y por otro, las dificultades que un terreno cubierto de una densa vegetación ofrece de cara a la prospección de restos que no destaquen sobre la superficie. No obstante, asociados a dos de los poblados conocidos en Bizkaia (Berreaga y Maruelea) se localizan una serie de restos que debido a no haber sido excavados en el caso de la necrópolis de Berreaga o al no haberse concluido el estudio en el de las estructuras tumulares de Gastiburu impide llegar a conclusiones firmes de momento.

Por nuestra parte, estamos desarrollando labores sistemáticas de búsqueda de cualquier tipo de yacimiento funerario en torno a los tres poblados excavados o en curso de excavación en el territorio de Gipuzkoa (Buruntza, Basagain e Intxur) mediante la realización de numerosas catas y revisión periódica de esos enclaves.

Así pues, ante esta situación se nos plantea un problema de considerable entidad y es el de la posible existencia de dos o más formas diferentes de enterramiento definidas con una nitidez geográfica muy precisa en un territorio de no excesiva extensión, como el que es objeto de nuestro estudio.

Por lo que se refiere al fenómeno de los túmulos, éste plantea en la actualidad una serie de problemas. Por una parte, si bien este monumento funerario sí abarca la totalidad del área estudiada, las excavaciones practicadas principalmente en Bizkaia y Gipuzkoa, fuera de la zona dominada por los cromlechs, han documentado unos enterramientos anteriores al primer milenio antes de nuestra Era. Algo similar está sucediendo con algunos de los excavados en el área ocupada por cromlechs, si bien aquí puede darse alguna coincidencia cronológica con estos monumentos. De otra parte, la proporción de túmulos excavados con relación a su abundancia, y principalmente en la zona pirenaica, es mínima. Es por ello que en el estudio que hemos realizado no se incluyen estos yacimientos, a excepción de uno excavado y fechado en el primer milenio antes de nuestra Era.

Por el contrario, se han catalogado un total de 291 conjuntos de cromlechs dentro del marco de Eus-

kal Herria, además de 122 en los territorios pirenaicos de Huesca, Bearn y Altos Pirineos. Estos 413 conjuntos contienen un total de 1.104 cromlechs, 851 de los cuales se sitúan en Euskal Herria y 253 al Este de la misma.

3. RESULTADOS

Desarrollaremos a continuación una serie de cuestiones que de alguna forma resumen una parte del trabajo que hemos llevado a cabo, y que de forma más extensa daremos a conocer en fechas próximas.

Una gran parte de estos temas se refieren a aspectos relacionados con el hábitat, las formas de vida, las tecnologías y todo lo relativo a descripción y valoración de los grupos humanos correspondientes a estos momentos. Otros afectan al fenómeno funerario y sus diferentes variantes. Sin embargo, va a ser la relación de ambos apartados, el del mundo de los vivos y el funerario, lo que nos hará plantearnos un considerable número de preguntas, que en unos casos quedarán sin respuestas definitivas y en otros apuntan hacia líneas de trabajo futuras.

Una gran parte de las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo a lo largo de este siglo en la vertiente atlántica de Euskal Herria se centraron principalmente en períodos del Paleolítico y en aspectos relativos al fenómeno megalítico, básicamente dolménico. La escasez de restos conocidos correspondientes a otros períodos prehistóricos, principalmente en lo relativo a los hábitats, hizo que por mucho tiempo se plantease la posibilidad de un descenso de las poblaciones e incluso la ausencia de las mismas en ciertos momentos cronológicos.

En lo que se refiere al período que nos ocupa en este trabajo, el conocimiento de tan sólo una serie de círculos de piedra ubicados en áreas de montaña, apenas si permitía variar la creencia de una falta de población, justificada en ocasiones por las características del propio territorio nada propicio para el desarrollo de actividades como la agricultura, dada la escasez de espacios amplios para cultivos extensivos, en contra de lo que estaría sucediendo en la vertiente mediterránea de Euskal Herria, con amplias terrazas fluviales y grandes extensiones muy adecuadas para el desarrollo agrícola, característico de este momento en gran parte del continente europeo. El hallazgo de yacimientos en los territorios de Araba y Nafarroa pertenecientes a este período protohistórico, con restos de actividad agrícola importante, así parecían demostrarlo. Sin embargo, el conocimiento de las primeras estructuras de habitación en la vertiente atlántica (Maruelea e Intxur), asignadas por sus descubridores a la Edad del Hierro, rompía de alguna manera ese vacío de restos y por tanto de actividad humana en este área.

Los primeros trabajos arqueológicos practicados en estos extensos recintos amurallados no proporcionaron desgraciadamente restos constructivos o de materiales si se exceptúan los sistemas defensivos, en ambos casos de gran envergadura. Este hecho hizo que los investigadores se plantearan el que nos encontraríamos ante enclaves perfectamente defendidos pero “vacíos” de población, utilizados exclusivamente por las gentes de la zona en casos de peligro como refugio temporal, resultando ser esta opinión algo común entre los especialistas dedicados a este tema:

Así, B. Taracena y A. Fernandez de Avilés (1945), tras referirse a la falta de hallazgos en el yacimiento de Maruelea sugerían que la total carencia de ajuares hacía también pensar en que fuera tan sólo un lugar de refugio en momentos de lucha para los pastores y habitantes de los caseríos dispersos. J.M. de Barandiaran (1961), por su parte, dentro de la memoria correspondiente al castro de Intxur, escribía: “es, pues, un sistema defensivo, obra sin duda de la población indígena, gemela de los castros de época céltica construidos en los siglos IV y III antes de J.C. La ausencia de objetos mobiliarios aquí, como en Maruelea de Navariz, es debida probablemente a su carácter de refugio temporario utilizado por los habitantes de la comarca en casos de peligro de alguna invasión”.

F. Gaudeul (1985) también es de la misma opinión; así, en referencia al recinto de Zerkupe considera que en razón de su situación y de la rareza de restos de ocupación, no han constituido hábitats permanentes, pareciendo por el contrario que han sido refugios temporales donde las poblaciones vecinas podrían venir a meterse al abrigo y defendidos en caso de amenaza o de agresión, jugando un papel análogo al de los castillos feudales posteriores (algunos de ellos construidos sobre hábitats protohistóricos) y de los que llegarían a utilizar al menos en parte los aterrazamientos. En 1987, este mismo investigador escribía: “Es posible sin embargo que ciertos recintos hayan sido utilizados en ciertas épocas del año como recintos pastoriles o incluso concebidos como tales con modestas organizaciones defensivas (como Ahiga, Lecheguita, Gastelepo) y que no hayan sido ocupadas incluso jamás desde que fueron construidas”.

Nos hallamos pues ante planteamientos coincidentes y que de alguna manera comienzan a apoyar un hábitat disperso cuya base económica estaría sustentada en la ganadería.

Los descubrimientos e investigaciones desarrollados a lo largo de estos últimos años por parte de M. Unzueta y L. Valdés en poblados tales como Berreaga y Maruelea y por nosotros mismos en los de Basagain, Buruntza, Intxur y Munoaundi principalmente, han ido clarificando numerosos aspectos relativos al hábitat en las zonas húmedas de Euskal Herria. La localización y excavación de un número considerable

de estos recintos así como los trabajos realizados en yacimientos en cueva, han ido estableciendo un entramado de informaciones sobre las que hoy podemos, aunque con reservas en algunos casos, aportar nuevas consideraciones.

Por otra parte, y complementariamente, en fechas recientes hemos iniciado trabajos de campo con el fin de localizar por un lado los enterramientos o necrópolis correspondientes a los poblados fortificados hoy conocidos y por otro los posibles restos de hábitats relacionados con los constructores de los cromlechs, ya sean de tipo estacional, en cotas altas, o estables en latitudes inferiores.

3.1. Ocupación del espacio y tipos de asentamiento

La distribución de los diferentes tipos de hábitats nos permite apreciar, aún dentro de su escasez en ciertas áreas, una ocupación regular del territorio analizado, ocupando por lo general lugares destacados con relación a su entorno. No existen sin embargo restos catalogados en las zonas más elevadas de los cordales pirenaicos ni en las grandes sierras de Bizkaia y Gipuzkoa, si exceptuamos aquí una serie de hallazgos en Aizkorri, dentro de este último territorio.

Analizando los trabajos de prospección sistemática llevados a cabo en estos años en algunas partes del área estudiada, llegamos a la conclusión de que ciertas zonas que en la actualidad no presentan muestras de ocupación están a falta de trabajos de reconocimiento del terreno dirigidos hacia la búsqueda de este tipo de yacimientos. Así, los vacíos existentes en la vertiente atlántica de Nafarroa al igual que en algunos de los valles más importantes de Bizkaia pudieran en el futuro ser revisados como lo están siendo otros cauces fluviales guipuzcoanos y vizcaínos en la actualidad.

En Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa, salvo las zonas más elevadas de cada uno de los territorios, el reparto de poblados ocupa amplias zonas en altitudes medias y bajas. En Gipuzkoa, en donde hemos llevado a cabo personalmente los trabajos, apreciamos cómo en la totalidad de los principales valles fluviales van apareciendo estos hábitats al aire libre, destacando el valle del Oria en donde se han descubierto cuatro poblados situados a lo largo de su cauce.

Por lo que se refiere a las escasas cuevas con restos de este período, su distribución es muy irregular, ocupando zonas muy diversas de Bizkaia, Gipuzkoa y Lapurdi, desde los puntos altos hasta la misma línea de costa.

Las áreas de montaña, tanto correspondientes a los cordales pirenaicos como a las más importantes sierras de Bizkaia y Gipuzkoa son a nuestro entender una asignatura pendiente en la investigación. Los primeros resultados, no obstante, relativos a la sierra de Aizkorri (Gipuzkoa), apuntan hacia la existencia de

hábitats estacionales en algunos casos, estables en otros, con poblaciones tal vez dedicadas en gran medida a la ganadería. A este tema nos referiremos en páginas posteriores al relacionar el hábitat con el fenómeno funerario, en especial el relativo a los cromlechs pirenaicos.

En resumen, y a pesar de las limitaciones que nos impone el número de evidencias conocidas, se aprecia una aplastante superioridad de las ubicaciones al aire libre, principalmente recintos amurallados, frente a los hábitats en cueva (72 poblados, un asentamiento en área de montaña al aire libre y 8 yacimientos en cueva), y esto pese a ser muy elevado el número de cuevas en las que se han practicado catas o excavaciones. Por ello, consideramos, que son los recintos fortificados junto a otros no fortificados al aire libre de menor entidad, no localizados hasta el momento, los lugares predominantes de hábitat a lo largo del Bronce Final y principalmente de la Edad del Hierro en la vertiente atlántica de Euskal Herria, siendo la ocupación de las cuevas un hecho muy concreto, tal vez de carácter coyuntural y debido a motivaciones específicas, y no solo en este momento sino también en etapas anteriores. La escasa capacidad de estas cavidades por otra parte no permitiría albergar a un número importante de individuos.

De los escasos yacimientos en cueva catalogados por nosotros, tan sólo los de La Iglesia, Arenaza I, Goidolau, Lumentxa y El Faro han sido excavados, disponiéndose únicamente de restos materiales procedentes de catas o recogidas superficiales en los restantes, con lo que incluso en algunos de los casos pudiéramos estar ante yacimientos correspondientes a momentos inmediatamente anteriores a los que nos ocupan. Basándonos en las estratigrafías correspondientes a cuevas excavadas principalmente en Bizkaia y Gipuzkoa, todo parece apuntar a que la ocupación muy ocasional de estas cavidades pudo haberse prolongado hasta el Bronce Medio-Final, abandonándose a lo largo del Bronce Final-Primera Edad del Hierro, para apostar por hábitats al aire libre, que hoy comienzan a ser documentados.

En los casos de perduración de la ocupación de las cuevas, cabe preguntarse por la actividad de sus moradores. En este sentido, no parece probable, al menos en muchas de ellas, una dedicación a la agricultura en la línea de la desarrollada por los ocupantes de los poblados al aire libre que hoy conocemos; las condiciones no son las más propicias para ello. Por otra parte, tampoco están documentadas estas labores entre los escasos restos proporcionados por estos niveles, correspondientes principalmente al Bronce Final. La actividad pastoril, tal vez unida a una situación precaria de estas poblaciones pudiera explicar la pobreza de los hallazgos hasta hoy conocidos, existiendo la posibilidad de la utilización de estas cavidades como lu-

gar de almacenamiento en algunos casos. Sin embargo existe otro elemento a considerar: de los ocho yacimientos en cueva catalogados, y a excepción de la cueva de La Iglesia (Araba) y de la de El Faro (Lapurdi), los restantes, todos ellos situados en Bizkaia y Gipuzkoa, contienen restos humanos en los niveles cercanos al Bronce Final-Edad del Hierro, sin poderse determinar con claridad su asignación. Estos restos nos pudieran hacer pensar en la existencia de niveles anteriores en los que se dieran utilizaciones de carácter funerario de estos espacios. Es decir, que aunque disponemos de una serie de hallazgos, principalmente cerámicos, posiblemente relacionados con ocupaciones del Bronce Final, otros elementos nos hacen que tomemos a algunos de ellos con reservas.

J. Gorrochategui y M^a.J. Yarritu (1990), al tratar del período del Bronce en Bizkaia, destacan el escaso número de cuevas de habitación, subrayando los limitados trabajos de prospección llevados a cabo de cara a la localización de hábitats al aire libre y asignado a las cuevas un papel secundario en el proceso de ocupación del territorio en este momento, al reducirse las mismas a zonas muy concretas y al ser su número muy escaso. Por su parte, M^a.T. Andrés (1998), refiriéndose a niveles en cueva anteriores al Bronce Final, dentro del marco de la cuenca alta y media del Ebro considera la posibilidad de su función como refugio temporal en momentos conflictivos, tal vez de las propias poblaciones autóctonas, más aún cuando las características de las cuevas conocidas en su mayor parte no son cómodas como lugar de habitación. Además de la función de refugio pudieron haber servido estos espacios como almacenes o despensas, según la misma investigadora, basándose en restos de yacimientos aragoneses. El querer ver, como ha sucedido en ocasiones, en la ocupación de estas cuevas una continuidad cultural con etapas precedentes no encajaría muy bien por otra parte en un momento de notable desarrollo tecnológico.

En cuanto a los poblamientos en áreas de montaña ya nos hemos referido con anterioridad a la escasez de trabajos aún existentes.

Otra forma de abordar los tipos de asentamiento, además de por su ubicación, es la de intentar establecer si nos hallamos ante poblaciones ubicadas en pequeños grupos, conformando un hábitat disperso o ante concentraciones con un número considerable de individuos, en núcleos diferenciados.

Las primeras consideraciones en este sentido por parte de B. Taracena, A. Fernández de Avilés y J.M. de Barandiaran, iban encaminadas hacia la definición de un hábitat disperso, en algunos casos apoyado con recintos fortificados desocupados, que emplearían como lugar de refugio en caso necesario. El estudio reciente de una serie de estos yacimientos como Basagain, Buruntza, Intxur y Munoaundi, así como el hallazgo de otros nuevos enclaves, está permitiendo cons-

tatar sin embargo la existencia de actividades relevantes en su interior, similares a las desarrolladas en poblados conocidos en la vertiente mediterránea de Euskal Herria o en otros puntos del continente europeo.

Por otra parte, el hábitat disperso no ha sido de momento localizado en ninguno de los territorios objeto de este estudio, lo que no quiere decir que estemos negando la posibilidad de esta segunda forma de ocupación del territorio. La dificultad de localización de pequeños hábitats aislados en zonas como éstas cubiertas por un importante manto vegetal, es evidente, tal y como lo estamos constatando en los trabajos de prospección de las áreas de montaña (Aizkorri, Ony-Mandoegi) o de lugares ocupados por enterramientos de tipo cromlech (montes de Oiartzun).

En nuestra opinión, vemos muy probable la coexistencia entre poblados fortificados y ocupaciones estables de carácter aislado, no sólo en las áreas de montaña sino en gran parte del territorio, aunque de momento no hayamos podido documentar el segundo tipo de hábitat.

3.2. Características del hábitat

Dejando a un lado los asentamientos en cueva, que por otra parte no pueden ser elegidos libremente al tenerse que limitar sus ocupantes a los lugares kársticos, y reconociendo las limitaciones que aún tenemos para profundizar en los hábitats de montaña, vamos a resumir algunas de las formas específicas de ocupación de los poblados al aire libre conocidos.

Hasta hace escasos años, el estudio de los establecimientos al aire libre en gran parte del continente europeo ofrecía unas características bastante homogéneas. En nuestro entorno, A. Llanos (1990) describía en fechas recientes algunas de las peculiaridades de estos lugares: elección intencional del espacio en donde se levantará el poblado, selección de los lugares con la función de controlar zonas, sobre todo vías naturales tales como ríos o caminos, llegando a formar incluso una red macroespacial, teniendo en cuenta la estructura del terreno, la proximidad de puntos de agua, eligiendo zonas propicias para el desarrollo de determinados modelos de producción, tanto en lo relativo al pastoreo/ganadería como a los cultivos de tipo cerealista; se apreciaba así mismo cierta jerarquización de estos núcleos en espacios concretos, tanto en lo que se refiere a su situación en ese espacio como al tamaño de los propios hábitats.

Tras bastantes años de vacío informativo al respecto en la zona atlántica, la práctica totalidad de estas características las estamos documentando de forma constante. Aquellas gentes habían elegido esos puntos elevados, ubicados estratégicamente, con el fin de controlar vías de comunicación o paso obligatorio; el caso ya señalado de los cuatro poblados de Buruntza, Ba-

sagain, Intxur y Murumendi, a lo largo del río Oria, es significativo. El método utilizado para delimitar el recinto es así mismo común en todos los enclaves que hemos estudiado, al igual que sucede en otros conocidos fuera del área analizada. El empleo de fortificaciones de considerables dimensiones es un hecho destacado en todos los yacimientos catalogados, si bien su papel no está lo suficientemente aclarado dado el desconocimiento actual en torno a las formas de vida y los tipos de relación social de sus constructores. Algunos investigadores comienzan ya a poner en duda la finalidad exclusivamente defensiva de algunas de las grandes murallas, y por tanto evidenciadoras de la existencia de conflictos armados. La delimitación monumental de un territorio determinado, mostrando de forma clara la posesión del mismo así como de rebaños, cultivos y todo aquello que pudiera contener este recinto (viviendas, mercados, etc.) sería así mismo una función a considerar.

A la hora de definir lo apropiado o no de cada uno de estos emplazamientos para el desarrollo de una serie de modelos de producción, y pese a que una vez más tenemos que someternos a un número de evidencias escaso, creemos que han sido elegidos en función de actividades muy determinadas, ya sean éstas agrícolas, ganaderas o mineras. No obstante faltan estudios suficientes relativos a los tipos de relieve y características de los suelos en las áreas periféricas de estos recintos así como de las actividades concretas desarrolladas por cada uno de estos poblados.

Un elemento de interés conectado tanto con las características propias de los yacimientos como con su papel con respecto al territorio en que se ubican y a sus relaciones con los recintos del entorno es el de su jerarquización; sin embargo su estudio presenta algunos riesgos, pudiendo llegarse a invalidar la totalidad de las conclusiones obtenidas si los datos son insuficientes. El conocimiento de las cronologías de los diferentes niveles de ocupación de cada uno de los poblados es fundamental para definir su posible contemporaneidad. De lo contrario, podríamos estar estableciendo relaciones entre ocupaciones más o menos próximas en el espacio pero correspondientes a momentos distintos.

No es fácil demostrar arqueológicamente que un poblado de proporciones mayores que los situados en sus cercanías haya establecido un poder o dominio sobre los de menor tamaño. Sin embargo, ciertos datos hoy inexistentes en el territorio estudiado como la capacidad de almacenamiento de un recinto determinado con respecto a otros próximos, podrían ofrecernos alguna orientación en este sentido. Así se ha observado en diferentes zonas de Europa la existencia de una serie de poblados importantes equidistantes entre sí, a distancias de entre 10 y 20 km o incluso muy superiores (de 80 a 120 km). Pero este esquema de distribu-

ción de las ocupaciones no es aplicable a todos los lugares, dándose áreas en donde probablemente una serie de poblados de parecida entidad pudieran haberse disputado el control económico de ciertas zonas. En nuestra área de estudio contamos con una considerable concentración de ocupaciones en Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa, pero los trabajos de excavación practicados son muy escasos.

No obstante, si analizamos las dimensiones de los poblados, y si de manera provisional tomamos la totalidad de los grandes hábitats hoy catalogados, por ejemplo de más de 5 Has., observamos cómo se reparten de una forma relativamente uniforme, ocupando por lo general diferentes valles en Bizkaia y Gipuzkoa y situándose a distancias casi equidistantes en los territorios de Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa, en zonas de media altura y sobre un eje aproximadamente paralelo a los grandes cordales pirenaicos. La existencia en Bizkaia y Gipuzkoa de dos grandes recintos (Marueza con 8 Has. e Intxur con 17 Has.) empujó a considerarlos como hegemónicos; al menos así fue tratado con claridad el primero de los yacimientos por parte de L. Valdés, en este sentido, relacionándolo con el cercano poblado de Kosnoaga, del que dista 6,5 km en línea recta: "...podemos suponer que nos hallamos ante un posible caso de castro vasallo o dependiente de la posible 'capitalidad' de Marueza" (Valdés 1984). Por lo que se refiere al yacimiento de Intxur, excavado por nosotros, no nos aventuraremos de momento a establecer esa relación dominante con respecto a recintos próximos como Murumendi o Basagain, de muy inferior tamaño. Los resultados de las excavaciones practicadas tanto en diversas áreas del propio yacimiento de Intxur como en Basagain parecen apuntar hacia una contemporaneidad entre ambos poblados, si bien en el segundo se daría una ocupación más prolongada, reflejada tanto en las dataciones de C14 como en ciertas innovaciones tecnológicas (cerámica a torno, arado, etc.), estas últimas no documentadas en el primer poblado.

Uno de los elementos que mayor información aportan en el estudio de los hábitats es el de las viviendas así como otras estructuras construidas en ellos. Sin embargo, a pesar de ser varios los poblados excavados hasta la fecha, en muy pocas ocasiones hemos podido determinar la ubicación de las estructuras de habitación u otros tipos de estancias. De momento nos tenemos que conformar con los restos de viviendas de Berreaga e Intxur, en ambos casos claramente definidas. La coincidencia entre estos dos yacimientos es un elemento a destacar. El hecho de que las plantas se encuentren semiexcavadas en la roca y el que las paredes sean básicamente de madera y adobe sorprende a primera vista en un terreno húmedo, en donde por otra parte se han empleado grandes cantidades de piedra para construir los sistemas de defensa. No obstante, las for-

mas de las viviendas varían, y frente a plantas en las que predominan las formas curvas en el caso de Berreaga, en Intxur adquieren formas rectangulares, si bien parte de los recortes interiores de la roca presentan algunos trazados curvos. Por otra parte las divisiones interiores de al menos una de las casas de Intxur parecen coincidir con el esquema de muchas de las viviendas de planta rectangular conocidas en la vertiente mediterránea de Euskal Herria, al contar con un espacio central y un segundo dedicado al almacenamiento de alimentos en grandes recipientes cerámicos.

3.3. Organización social

Sobre la organización social de los pobladores de estos hábitats, las informaciones nos sitúan en muchos aspectos ante un panorama relativamente similar al existente tanto en la vertiente mediterránea de Euskal Herria como al de otras áreas del continente. Una vez abandonada la ocupación de las cuevas, al menos de una forma prácticamente generalizada, y aún manteniendo la posibilidad de asentamientos de población dispersa, tuvo que darse con el paso del tiempo un progresivo reagrupamiento en pequeñas aldeas que posteriormente irían dando paso a núcleos más desarrollados, dotados de una serie de estructuras especializadas con diferenciaciones sociales dentro de la propia comunidad. La propia tarea de selección de lugares adecuados para la ubicación de los asentamientos precisará de un considerable grado de organización colectiva que irá progresivamente mostrando su capacidad según se desarrollen los trabajos que vayan conformando el poblado. La construcción de espectaculares o al menos importantes sistemas de defensa que requieren una abundante mano de obra y un amplio período de ejecución, unido al previo diseño de dichos sistemas, serán tareas a resolver por esa colectividad organizada. Así mismo, la ordenación y construcción de las viviendas, la ubicación de los campos de cultivo y zonas de pasto y otro gran número de tareas serán actividades que corroboran un nivel elevado de estructuración social.

En los yacimientos que hemos catalogado, y principalmente entre los excavados, disponemos de elementos materiales que nos documentan la existencia de actividades como la agricultura y la ganadería así como el desarrollo de la metalurgia del bronce y del hierro o la fabricación de cerámica a mano y a torno; sin embargo no contamos de momento con espacios específicos dentro de los poblados que demuestren la realización de algunas de esas tareas por parte de individuos especializados en espacios determinados. Pero si nos atenemos a las similitudes de nuestros poblados con los estudiados en los territorios próximos llegamos a la conclusión de que se desarrollan un gran número de trabajos, en muchos casos necesariamente



Lám. 2.- Elementos relacionados con la agricultura de los poblados guipuzcoanos de Intxur y Basagain.

practicados por individuos especialistas (metalúrgicos y ceramistas principalmente), así como los de tipo agrícola y ganadero (Lám. 2).

3.4. Tecnología

Nos hallamos en un milenio en el que las innovaciones técnicas van a ser notables a lo largo y ancho del continente europeo, y éstas van a influir a su vez directamente en el desarrollo de actividades tan importantes como la agricultura, la ganadería, la metalurgia o la fabricación de cerámica. Sin embargo, estos cambios no van a tener lugar de forma simultánea ni con la misma intensidad en todos los territorios, ni su origen tendrá por qué ser semejante. Es frecuente la tendencia a relacionar cualquier tipo de elemento innovador con una influencia exterior importante, que por otra parte habría afectado a la mayor parte de las formas de vida del grupo receptor; en ocasiones, incluso, parecía verse detrás del cambio una segura invasión exterior. Pero muy probablemente, por el contrario, detrás de muchas de estas transformaciones no habría sino contactos regulares o esporádicos, provocados o no, con otras gentes, o incluso estaríamos tan sólo ante evoluciones dentro del propio grupo a partir de conocimientos adquiridos (formas cerámicas nuevas o especializaciones del instrumental metálico etc.). Así, por poner un ejemplo, la existencia de cerámicas a torno con pasta fina en un poblado cualquiera de Bizkaia o Gipuzkoa, no tendría por qué hacernos pensar en principio en que a partir de ese instante nos hallamos ante una celtiberización generalizada.

Por lo que se refiere a los yacimientos conocidos en la zona analizada, en un buen número de ellos van a tener un claro reflejo gran parte de los cambios característicos de estos momentos. No obstante quedarán patentes igualmente una serie de aparentes diferencias en relación con áreas próximas como Araba y Sur de Nafarroa.

El trabajo del bronce en algunos yacimientos como Berreaga o Munoaundi, primero, y sobre todo la

posterior utilización del hierro, documentada en la mayor parte de los poblados excavados, son muestra evidente de que las gentes de estos valles están adoptando las importantes novedades que afectaban a otros pueblos. Así mismo, la cerámica a torno está representada en varios de estos yacimientos, aunque de forma más significativa en los situados en Bizkaia. Pero su hallazgo, en un primer momento en Bizkaia, dentro de los poblados de Berreaga, Kosnoaga y Maruelea, se ha documentado más recientemente en los poblados de Gipuzkoa, aunque de forma escasa, tanto en las catas de Munoaundi y Moru como ya dentro de los trabajos de excavación en el de Basagain. Existen sin embargo en estos descubrimientos una serie de características que diferencian a unos y otros enclaves, y que conviene tener presentes. Si bien en el caso de Basagain aparecen asociados elementos de hierro con cerámica a torno de muy fina factura, junto a cerámica a mano, con fechas de C14 del 2.170 ± 80 B.P y del 2.360 ± 120 B.P., en el poblado de Intxur, próximo al anterior, la presencia de hierro con dataciones como 2.030 ± 80 B.P. y 2.260 ± 80 B.P., no está en ningún caso acompañada de cerámica a torno, como tampoco lo está en el poblado de Buruntza, situado en el mismo valle.

Toda esta serie de aportes técnicos va a tener reflejo, tal y como hemos señalado, en la fabricación de instrumentos nuevos cuya aplicación en las actividades básicas tendrá repercusiones importantes. Así, los molinos, tanto barquiformes como circulares, están presentes en cuatro poblados de Bizkaia y Gipuzkoa así como en la necrópolis de Berreaga, si bien la totalidad de los circulares se sitúa dentro del primer territorio. Pero va a ser la metalurgia la que va a propiciar mayores avances a lo largo de este período y principalmente en las últimas centurias. Los elementos de bronce, aunque no muy abundantes en nuestros yacimientos, nos sirven para constatar su fabricación incluso dentro de los propios poblados conocidos (restos de escoria de bronce y crisoles de barro de Berreaga), destacando su utilización en objetos de adorno principalmente (fibula de Munoaundi). El hallazgo de una pesa de bronce en perfecto estado de conservación en el poblado de Munoaundi, dentro de los trabajos realizados en este lugar en el verano de 1998, es un hecho relevante en este sentido. Pero será el hierro, ya avanzada la segunda mitad del milenio, el elemento más destacable: la fabricación a partir de este metal de aperos agrícolas como una hoz (Intxur), rejas de arado (Berreaga y Basagain), utensilios relacionados con la construcción de viviendas y otro tipo de estructuras, como clavos y grapas (Intxur), son una realidad en la zona. Por otra parte son varias las piezas armamentísticas de hierro de Berreaga, Iluntzar, Kosnoaga y Basagain, con tipologías similares a algunas de las localizadas en yacimientos de la vertiente mediterránea de Euskal Herria o de Aquitania.



Lám. 3.- Semillas de *Triticum* del poblado de Intxur.

Pero a la actividad metalúrgica hay que añadirle la agrícola y la ganadera, ambas de gran trascendencia. Así, algunos materiales líticos, cerámicos y metálicos hallados en estos yacimientos van a ser elementos importantes para la constatación de la actividad agrícola en la vertiente atlántica, pero no los únicos; la recuperación de abundantes gramíneas y los estudios polínicos recientes están permitiendo considerables precisiones en esta línea (Lám. 3).

Hasta hace pocos años era generalizada la opinión de que los pobladores de las zonas atlánticas tendrían como casi exclusiva actividad la de la ganadería, forzados de alguna manera por el medio físico no tan propicio para el cultivo de cereales como el de las amplias superficies de Araba y Nafarroa mediterránea, por ejemplo. Sin embargo resulta evidente que el desarrollo de la agricultura, con sus variantes, no es un fenómeno exclusivo de las superficies abiertas, y si hoy se cultiva en los lugares circundantes de los poblados atlánticos conocidos, e incluso se ha recogido cereal hasta hace escasos años, no habría en principio por qué pensar en una inactividad agrícola en esta parte del territorio, si bien, lógicamente con características diferentes a las de la vertiente mediterránea o llanuras aquitanas. Existen además precedentes claros en los que se documenta la agricultura en la etapa neolítica en cuevas como en la vizcaína de Kobaederra (Ibañez *et alii* 1998) y en momentos algo posteriores en dólmenes como el guipuzcoano de Zorroztarri (Mujika 1991).

Los molinos, primeros elementos relacionados con la actividad agrícola, recogidos en las excavaciones de estos poblados, confirmaron en parte nuestra creencia en un desarrollo significativo de la agricultura. Pero fue sobre todo con el hallazgo de las viviendas de Intxur y los materiales asociados a las mismas cuando se produjo su confirmación: la localización de grandes vasijas de almacenamiento ubicadas en repisas excavadas en la roca en uno de los extremos de la casa, abundantes gramíneas calcinadas junto a ellas y una pequeña hoz de hierro sobre el suelo en el espacio central de la vivienda eran hallazgos de interés; se en-

contraron así mismo varias piedras de mano para moler en el interior de esta casa y un molino barquiforme en sus cercanías. Pero han sido los estudios carpológicos y palinológicos en este yacimiento los que de momento han ofrecido mayores evidencias sobre las muy variadas especies cultivadas, aportando incluso datos acerca de alternancias de cultivos y fases de tratamiento sobre las gramíneas tras su recolección. Sin embargo no es éste el único yacimiento que proporciona informaciones en torno a la práctica de la agricultura: Berreaga, Malmasin, Lujar, Maruezea y Basagain, contienen igualmente evidencias relevantes, destacando las rejas de arado localizadas en Berreaga (Unzueta 1993) y en el poblado de Basagain (Peñalver 1997), en curso de excavación.

Con estos datos parece evidente que nos hallamos ante pueblos bien organizados, con ubicaciones muy precisas y estudiadas para los que la agricultura es elemento significativo para la supervivencia. No obstante no pretendemos excluir la práctica de la ganadería en torno a estos recintos fortificados, así como el desarrollo del pastoreo en áreas más elevadas del territorio. Los restos faunísticos recogidos hasta la fecha en los yacimientos excavados, escasos debido en gran medida a la elevada acidez del terreno en muchos de ellos, no indican ausencia de explotación ganadera. En fechas recientes el poblado de Basagain ha abierto una brecha en este terreno: el hallazgo de restos de tres de las especies animales domésticas más características en estos momentos, es decir, la vaca, la oveja/cabra y el cerdo, sitúan, tal y como era previsible, a estos enclaves, al igual que los de su entorno, dedicados básicamente a sendas actividades, es decir, la agricultura y la ganadería. Sin embargo todavía es prematuro en estos territorios definir las especies animales más frecuentes dada la falta de muestras necesarias. En esa misma línea hay que señalar que los pobladores de las áreas montañosas no sólo de las sierras de Bizkaia y Gipuzkoa sino de la totalidad del área pirenaica que hemos abarcado en este estudio, y en donde se sitúan la mayor parte de los cromlechs, desarrollarían básicamente actividades de tipo ganadero, quedando la agricultura en un segundo plano, al menos durante una parte importante del año.

La práctica de la recolección, la caza y la utilización de recursos naturales como la madera, son por otra parte, en mayor o menor medida, actividades normales en estos grupos. Tal y como sucede en la mayor parte de los hábitats de estos momentos, en los poblados atlánticos los síntomas de deforestación en torno a los yacimientos con el fin de proveerse de madera a la vez que obtener terrenos aptos para el cultivo y el desarrollo de la ganadería son claramente detectables en los estudios palinológicos. Esas evidencias se constatan en los análisis de polen llevados a cabo en los poblados excavados por nosotros. Igualmente los res-

tos de maderas, principalmente de haya y roble, son patentes, tanto utilizadas como combustible, en los hogares, como sirviendo de materia prima en la construcción de las viviendas u otras estructuras (defensas, etc.). Son también frecuentes los restos de semillas (bellotas y otras especies silvestres). Carecemos de momento de evidencias de fauna salvaje que documentaría una actividad cinegética.

En cuanto a la fabricación de cerámica, los numerosos restos disponibles, básicamente correspondientes a poblados fortificados y en menor medida a cuevas, ofrecen una importante gama tipológica tanto en lo que se refiere a formas como a dimensiones y decoraciones, si bien predominan las vasijas de formas en S, con cuellos con tendencia a abrirse y una casi generalidad de los fondos planos, salvo en los casos de cerámicas torneadas en donde éstos son en ocasiones umbilicados. Algunas de estas vasijas presentan similitud con piezas halladas en yacimientos de la vertiente mediterránea, correspondientes a los territorios de Araba y Nafarroa, tales como Peñas de Oro, Castillo de Henaio o el Castillar de Mendabia. Los recientes estudios petrográficos de láminas delgadas llevados a cabo por C. Olaetxea (2000) con materiales cerámicos de yacimientos de esta zona están permitiendo obtener una serie de datos significativos; por ejemplo se han podido determinar distancias desde el poblado a las que se han recogido las arcillas utilizadas en la elaboración de las vasijas, recorriéndose en algunos casos hasta cinco kilómetros (Intxur).

3.5. Fases culturales

Ni los yacimientos en cueva ni los situados al aire libre presentan, si nos atenemos a los datos hasta ahora conocidos, diferentes etapas de ocupación superpuestas a lo largo de los períodos Bronce Final y Edad del Hierro, salvo dos casos excepcionales. Sin embargo es frecuente que en poblados de tipo fortificado de la vertiente mediterránea se produzca una sucesión de hábitats que arrancando incluso antes de la Edad del Bronce van a perdurar hasta el cambio de Era (La Hoya, Araba), e incluso, en algunos casos hasta entrada la época romana (La Custodia, Nafarroa). La reutilización del mismo enclave, actualizando frecuentemente los sistemas defensivos y reubicando en ocasiones las viviendas y otra serie de estructuras en el interior del recinto, es perfectamente comprensible si partimos del hecho de que nos hallamos ante grupos con niveles organizativos considerablemente estables. Incluso en los casos en que se han producido aportes o cambios sustanciales con cierta rapidez (celtiberización, romanización), muchos de estos recintos se han mantenido en plena actividad, en áreas próximas a la estudiada. En el área atlántica, tan sólo en el poblado de Berreaga se han localizado superpuestos dos niveles diferentes,

uno correspondiente a la Edad del Hierro, datado en 2.310±50 B.P. y otro de época romana del 1.900±50 B.P.

Ninguno de los dos yacimientos guipuzcoanos cuya excavación ha concluido (Intxur y Buruntza) ha aportado sucesión cultural alguna, a pesar de contarse con un cierto abanico cronológico en las dataciones absolutas; en ambos casos las tipologías de los diferentes grupos de materiales no han permitido distinguir fases culturales sucesivas. Sin embargo, el poblado de Basagain, en curso de excavación, además de contar con una serie de fechas diferenciadas está ofreciendo materiales, principalmente cerámicos, que pudieran definir en próximas campañas más de un nivel cultural. En la cueva de El Faro sí se aprecian diferentes niveles culturales, iniciándose la ocupación previsiblemente en el Neolítico y continuando hasta bien entrado el Bronce Final (Chauchat 1984) e incluso algunas dataciones parecen indicar una mayor duración de este hábitat costero.

De cara a situar estos hábitats tanto cultural como cronológicamente, en la medida de lo posible, hemos considerado del total de 72 poblados y 8 cuevas catalogados, aquellos yacimientos excavados o en curso de excavación de los que disponíamos de un cierto número de elementos seguros, ya fuesen de tipo material ya dataciones absolutas. La existencia de ocho poblados de Bizkaia y Gipuzkoa con dataciones de C14, así como la fechación de la cueva lapurtina de El Faro, permite establecer ciertos paralelismos y diferencias entre unos yacimientos y otros. Además, una serie de elementos constructivos y sobre todo cierto número de objetos recuperados en varios de estos lugares nos han posibilitado adelantar algunas hipótesis sobre los momentos en que se han mantenido activos.

Los datos disponibles de cuevas (El Faro, Arenaiza y Lumentxa), nos llevan a pensar en que nos hallamos en todos los casos ante ocupaciones relativamente antiguas. Tres de las cuatro dataciones de la cueva de El Faro se sitúan entre el 3.000±110 B.P. y el 2.730±90 B.P., siendo la más reciente 2.420±70 B.P., ocupando un considerable espacio de tiempo. Por lo que se refiere a las cuevas vizcaínas, tanto J.M^a Apellaniz como J.L. Arribas asignan las ocupaciones a un momento en torno al Bronce Final, basándose en tipologías cerámicas, no disponiéndose de momento de dataciones absolutas. El resto de las cuevas catalogadas cuentan así mismo con materiales cerámicos que apuntan a estos momentos, aunque no han sido excavadas ni datadas en su mayor parte.

En cuanto a las cronologías de los poblados fortificados de Bizkaia y Gipuzkoa, sobre un total de 24 dataciones correspondientes a ocho de ellos, 19 se sitúan dentro de la segunda mitad del milenio, estando las cinco restantes entre el 525 y el 1.050 B.C. Existen cinco poblados (Berreaga, Kosnoga, Maruelea, Ba-

sagain y Munoaundi) que sólo cuentan con fechas correspondientes a la segunda mitad del milenio, y no conocemos de momento ninguno con dataciones pertenecientes tan sólo a la primera mitad; por el contrario tres de los poblados (Intxur, Buruntza y Moru) cuentan con fechas correspondientes a ambas mitades del milenio.

Si dejamos provisionalmente en cuarentena el recinto de Moru, no excavado y datado a partir de carbones procedentes de catas arqueológicas, los casos de Intxur y Buruntza plantean una problemática en cierta forma similar. Cinco de las seis dataciones de Intxur se sitúan entre el 450 y el 80 B.C., perteneciendo tres de ellas a las zonas de vivienda (casas nº 1 y 2) y una cuarta a una posible estructura de habitación de la terraza Sur. Es decir, tan sólo una datación nos lleva al 770 B.C., en este caso fecha perteneciente a la terraza sur, en la zona profunda contigua a la base de la muralla.

En Buruntza (Olaetxea 1997), con dos fechas entre el 320 y el 230 B.C. y otras dos antiguas, correspondientes al 1.050 y 860 B.C. y una intermedia en el 525 B.C., no ha sido posible detectar más que un único nivel que se correspondería con las dos dataciones más recientes si bien asociado a cerámica exclusivamente fabricada a mano y con presencia de elementos de hierro. El posible nivel de Bronce Final no ha podido ser definido a partir de los materiales al igual que el correspondiente al 525 B.C. Hay que destacar en este sentido que la potencia total de la zona excavada no supera los 0,40 m, dentro de cuyas tierras han sido recogidas la totalidad de las muestras, todo ello en una superficie reducida.

En el poblado de Intxur se dio una ocupación muy definida correspondiente a la Segunda Edad del Hierro, con elementos de hierro aunque, al igual que sucede en Buruntza, con cerámicas exclusivamente fabricadas a mano. Es decir, y nos parece de interés resaltarlo, que con fechas 230, 120 y 80 B.C., no se ha recogido entre miles de restos cerámicos ni un solo fragmento fabricado a torno, y tan solo se ha detectado un único nivel arqueológico en el área central en donde se ubican las estructuras de habitación. Dada la gran extensión de este yacimiento (17 Has.) pudiera haber acogido asentamientos en etapas anteriores, y aunque el estudio de los sistemas defensivos no parece definir fases sucesivas de construcción, en la terraza situada al sur de la zona de cumbre, y a una profundidad coincidente con la base de la muralla actual y adosada a ella, se recogieron fragmentos de madera carbonizada de considerable tamaño que datados dieron la fecha más antigua hasta ahora obtenida en este lugar (770 B.C.) y que pudiera corresponder con alguna ocupación inicial defendida a partir de estructuras mucho más ligeras que las correspondientes a la segunda mitad del milenio. Sin embargo los restos cerámicos

de esa zona del yacimiento no presentan diferencias con los correspondientes a la zona superior, fechada en la etapa más reciente del milenio.

El poblado de Basagain es el único de los guipuzcoanos con fechas únicamente correspondientes a la segunda mitad del milenio (entre el 370 y el 220 B.C.). Estas dataciones parecen estar apoyadas con los restos materiales recuperados, con instrumentos de hierro y cerámicas a torno junto a otras mucho más numerosas fabricadas a mano.

Los poblados vizcaínos de Maruelea, Kosnoaga y Berreaga, proporcionan fechas muy próximas al cambio de Era; en el primer caso entre el 144 y el 100 B.C., en el segundo en el 100 B.C. y en el tercero en el 260 B.C. y en el 50 de nuestra Era. Si bien no es muy elevado el número de análisis, parecen coincidir con los materiales hallados, tales como piezas diversas de hierro y cerámica a torno calificada de “celtibérica” por M. Unzueta y L. Valdés. Es de destacar igualmente el denario ibérico de la ceca de Baskunes hallado en Kosnoaga.

Los restos procedentes de las prospecciones y excavaciones de los poblados de Zerkupe y Gazteluzahar en Behenafarroa y Gastelu y Maidekoralia en Zuberoa no están lo suficientemente definidos, teniendo lugar numerosas ocupaciones sucesivas en tan reducidos espacios, si bien algunos de los materiales han sido calificados por F. Gaudeul como protohistóricos. Se carece así mismo de dataciones de C14 para estos poblados más septentrionales.

Partiendo de los datos disponibles se pueden adelantar algunas consideraciones, de forma provisional:

a) M^a.J. Aróstegui e I. García Camino (1988) plantean en referencia a la parte más occidental del área de nuestro estudio, una importante expansión de pueblos de filiación celtibérica de la Meseta Superior hacia la zona meridional del país, principalmente hacia el sur de Araba, en donde crearían núcleos importantes. Este hecho haría que una parte de la población indoeuropea tuviese que desplazarse hacia el norte, por ejemplo a través del río Nervión. En este sentido recuerdan que muy cerca del nacimiento de este río, próximo a la Peña de Orduña, se sitúan los Castros de Lastra (Araba) con niveles de la Segunda Edad del Hierro y fechados en los últimos siglos del milenio anterior al cambio de Era, con cerámicas a mano y en menor medida a torno, de tipo celtibérico (Saenz de Urturi 1986).

b) En 1993, M. Unzueta se replantea valoraciones anteriores en cuanto a la asignación cultural de los hábitats de la zona de Sámano, Gernika y Mungia. Considera que estos yacimientos coinciden únicamente con los importantes poblados celtibéricos del valle del Ebro en la utilización de una serie de materiales o piezas de prestigio como adornos o algunos tipos de armamento, y frente a la creencia anterior de situar a

estos “castros costeros” de Bizkaia como una facies local del tronco celtibérico, cree que más bien se trataría de una perduración de las formas de vida correspondientes al Bronce Final-Campos de Urnas con una serie de elementos adoptados de tipo celtibérico.

c) Por nuestra parte consideramos fundamental en estos momentos el proseguir con las tareas de prospección y excavación de hábitats de este período para poder completar las numerosas lagunas existentes. En esta línea creemos que sería de gran interés la excavación de algunos de los recintos situados en Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa, tales como Mokoretta, Gastelu, Gazteluzaharrea, Urchilo o Gastelusare “Ullumendi”, de donde poseemos tan escasa información, así como la reanudación de las excavaciones en el territorio de Bizkaia, como por ejemplo en Berreaga, Kosnoaga y Maruelea y la prospección en la vertiente atlántica de Nafarroa. Respecto a Gipuzkoa, la continuación de los trabajos en Basagain y el comienzo de los de Munoaundi ayudarán a la interpretación de este momento.

Con la información disponible en la actualidad apreciamos un considerable grado de ocupación en hábitats fortificados de forma clara a lo largo de la segunda mitad del milenio anterior al cambio de Era, mientras algunas evidencias apuntan a asentamientos en la primera mitad del milenio tanto en cueva como en poblados al aire libre, aunque sobre este último tipo de yacimientos la documentación sea mínima. Nos hallamos pues ante una escasez de evidencias del Bronce Final-Primera Edad del Hierro, a la vez que de alguna manera estamos observando características de estos momentos más antiguos en los niveles de la Segunda Edad del Hierro. La dificultad de localizar cerámica a torno en los poblados de Gipuzkoa datados en fechas recientes, algunas características de las viviendas semiexcavadas en la roca tanto en Intxur (Gipuzkoa) como en Berreaga (Bizkaia) y ciertos tipos cerámicos, son elementos que apuntan en este sentido.

Comenzamos al contrario a disponer de frecuentes testimonios para el conocimiento de la segunda mitad del milenio, e incluso contamos con dos yacimientos, uno en Bizkaia y otro en Gipuzkoa, que han proporcionado materiales o dataciones absolutas que rebasan el cambio de Era y por tanto que conectan con la fase en que al menos en algunas zonas se entrará en contacto con el influjo romano. En el poblado de Berreaga se ha hallado sigillata y cerámica común romana con datación de 1.900 BP., así como cerámica común romana en la cercana necrópolis de Berreaga. En Basagain disponemos de una datación de C14 del 1.600 B.P. En este yacimiento se cuenta con elementos de hierro como una reja de arado y cerámica a torno muy fina. Pese a la proximidad geográfica de este último con el poblado de Intxur que cuenta con dataciones que llegan hasta el 80 B.P., este de Intxur no pro-

porciona cerámica torneada, lo que evidencia una serie de diferencias significativas; el poblado de Buruntza, próximo a los anteriores, y cuya datación más reciente es del 230 B.C. cuenta con cerámicas fabricadas en su totalidad a mano.

3.6. El proceso de urbanización y los *oppida*

Avanzada ya la segunda mitad del milenio, cuando una serie de tecnologías nuevas se han introducido definitivamente en el continente europeo, e incluso comienza a ser utilizada la moneda, aparecen a lo largo del siglo II los artesanos especializados que, tras la fabricación de una serie de objetos, los pondrán en circulación para su utilización e intercambio. Estos productores de útiles diversos, tejedores de lana o fabricantes de monedas, se concentrarán en grandes aglomeraciones que con el tiempo adquirirán apariencia de ciudades. Estos *oppida* cubrirán amplias superficies que oscilarán entre veinte y varios centenares de hectáreas, con fortificaciones útiles más que por su eficacia defensiva por su prestigio y monumentalidad; en su interior hay calles, barrios organizados en actividades especializadas e incluso santuarios.

Según M. Almagro-Gorbea (1994), el proceso de urbanización dentro de la Península Ibérica no fue algo uniforme en la etapa prerromana, sino que iría avanzando siguiendo un gradiente de Sur a Norte y de Oeste a Oriente, justificado por los procesos de aculturación procedentes del Mediterráneo (fenicios, griegos, púnicos y romanos). Así, este proceso presentaría variantes geográficas motivadas por factores locales, ofreciendo un mayor conservadurismo las áreas más septentrionales y montañosas, cuyas perduraciones en ocasiones habrían llegado hasta el momento presente.

La zona objeto de nuestro trabajo cuenta con un relieve accidentado y está alejada del foco mediterráneo; a ella fueron llegando a lo largo del milenio, y principalmente en la segunda mitad, todo un cúmulo de innovaciones tanto en lo que se refiere al utillaje como al desarrollo de actividades de tipo agropecuario y metalúrgico.

Las grandes dimensiones de algunos de los recintos catalogados en este trabajo, entre los que destacan Maruelea en Bizkaia con 8 Has., Intxur en Gipuzkoa con 17 Has. y Gastelusare en Zuberoa con 18 Has., pudieran sugerir poblamientos con estructuras complejas en su interior. Sin embargo los datos disponibles no lo documentan, y si bien en la actualidad ya hemos desechado la opinión de recintos “vacíos” al referirnos a estos lugares, y de momento contamos con una serie de casas alineadas como en el caso de Intxur, seguramente agrupadas en varias concentraciones, aún estamos lejos de complejos protourbanos tan desarrollados como el cercano poblado alavés de La Hoya, contemporáneo en parte con los anteriormente citados.

3.7. El mundo funerario

El fenómeno funerario plantea en la vertiente atlántica de Euskal Herria problemas aún no resueltos, al no haberse identificado enterramientos correspondientes al Bronce Final-Edad del Hierro a excepción de los círculos de piedra, denominados habitualmente “*cromlechs* pirenaicos”. La ausencia de enterramientos en fosa, cistas o necrópolis de campos de urnas localizados en diferentes lugares de la vertiente mediterránea, como los de La Hoya (Araba), La Torraza y La Atalaya (Nafarroa), es en la vertiente atlántica de momento un hecho, teniéndonos que limitar a construcciones circulares, muy definidas tipológicamente pero a su vez muy localizadas geográficamente. Y es precisamente esa localización la que no nos permite resolver el aspecto funerario de estas poblaciones en amplias zonas del espacio analizado, principalmente en los lugares en donde se sitúan los hábitats de tipo fortificado. Por otra parte, la utilización de cuevas como lugar de enterramiento no parece posible si nos basamos en los hallazgos conocidos. A. Armendariz (1990) plantea la escasa consistencia que tendría el pensar en cremaciones o incineraciones intencionales de cadáveres en estos lugares, salvo en algún caso aislado.

La existencia de centenares de recintos funerarios del tipo *cromlech*, situados cronológicamente en este momento, ha hecho que la mayor parte de nuestra investigación se haya centrado en este tipo de yacimiento, excluyendo incluso, salvo una excepción muy documentada (Zuhamendi III), el fenómeno tumular que algunos autores han asociado con los *cromlechs*. Aunque hay que tener presente la existencia de los *cromlechs* tumulares, excavados en numerosas ocasiones y datados en los mismos momentos que los *cromlechs* carentes de túmulo, no por ello podemos incluir la totalidad del grupo tumular dentro del primer milenio, dado que en la mayor parte de los casos su excavación ha ofrecido datos de su mayor antigüedad. Parece importante advertir de todos modos que en los conjuntos en los que aparecen tanto *cromlechs* como túmulos, en la mayor parte de los casos ambos tipos de monumentos no se encuentran mezclados entre sí sino que se sitúan separados por algunos metros.

La distribución espacial de estos *cromlechs* es un hecho perfectamente definido y está marcada por una serie de límites muy precisos. En nuestra opinión, y dadas las características de los trabajos de prospección practicados, no creemos que puedan modificarse de forma importante ni el límite Oeste ni los Norte y Sur; tan sólo la zona Este pudiera ofrecer novedades cuando se lleven a cabo allí trabajos de campo sistemáticos. Estamos, pues, ante un fenómeno pirenaico que hemos estudiado en su totalidad siguiéndolos a través de los principales cordales pirenaicos hasta las proximidades de Andorra, donde, al menos provisionalmen-

te, parece estar el límite oriental de este tipo de yacimiento.

3.8. Los cromlechs

Sorprende a primera vista la unidad territorial de este tipo de monumento. A lo largo de 250 km en sentido Este-Oeste y con una anchura de entre 5 y 40 km agrupa a 413 conjuntos con un total de 1.104 cromlechs, presentando gran uniformidad en muchas de sus características. Su situación en cotas elevadas, que aumentan progresivamente en dirección Este paralelamente al crecimiento altimétrico de los cordales pirenaicos, así como la elección de lugares por lo general muy visibles (collados y lomas principalmente) para su construcción, son hechos generalizados. Varía no obstante el número de círculos que componen cada conjunto, aunque son mayoritarios los yacimientos formados por un único monumento, disminuyendo su número en proporción directa con el aumento de cromlechs, hasta ser escasos los formados por más de seis. Este hecho plantea la duda de si nos hallamos ante enterramientos aislados o ante necrópolis colectivas utilizadas a lo largo de períodos amplios de tiempo.

De las excavaciones practicadas en algunos de estos conjuntos y de sus correspondientes dataciones se deduce que se trata por un lado de enterramientos individuales, y por otro, de grupos de varios círculos empleados a lo largo de considerable tiempo (caso documentado de Errozate). Hay que recordar que nos estamos refiriendo a monumentos individuales, es decir dedicados a un solo individuo; al menos así lo indican los resultados de las excavaciones practicadas hasta la fecha en las que se han recogido restos humanos suficientes para su análisis; tan solo conocemos el caso excepcional del cromlech nº 1 de Oianleku Ipar, en donde se ha producido una reutilización del mismo con similar ritual aunque con un depósito más superficial.

Las dimensiones de estos monumentos son relativamente homogéneas, y si bien oscilan entre los 3 y los 7 m principalmente, las medias por territorios presentan muy similares diámetros, aunque hay que precisar que son ligeramente mayores los cromlechs tumulares que los carentes de túmulo, estos últimos, por otra parte, más abundantes.

Tras una previa diferenciación entre cromlechs tumulares y carentes de túmulo, destaca la forma de disponer los testigos u ortostatos que delimitan el espacio circular interior. La colocación de estas piedras en ocasiones va a estar en función de las características del material utilizado, pero en otros casos se van a apreciar una serie de tipologías que harán que el espacio interior quede más o menos herméticamente cerrado: en algunos de los conjuntos destacan variaciones entre uno y otro monumento, disponiéndose en unos

casos las lajas en forma de murete y en otros de forma radial. Pero conforme más nos introducimos en el monumento en sí, apreciamos un mayor número de variantes que a simple vista pueden pasar desapercibidas, pues la excavación de varias decenas de yacimientos ha permitido establecer hasta ocho variantes en una tipología provisional de los depósitos de los restos.

Un aspecto en el que coinciden gran parte de los cromlechs excavados es el de la escasez de industrias que contienen en su interior. Los trabajos de campo han ido dejando restos líticos, cerámicos y metálicos, pero su pequeño número es un hecho que bien pudiera relacionarse con una pobreza material de los pobladores de estas áreas, como han apuntado algunos autores, o bien con una característica más de un rito funerario, intencionado o poco exigente. En cualquier caso, esta falta de materiales dificulta considerablemente el estudio de las gentes que a lo largo de centenares de años han permanecido en estas zonas en torno al Pirineo construyendo estas estructuras para sus muertos. Pero, además del depósito de las cenizas, conocemos otra serie de actuaciones en el proceso ritual que va a tener lugar en torno a estos monumentos.

A la elección selectiva del lugar de ubicación del recinto y una vez incinerado el cadáver en algún punto hoy desconocido, le seguirá la construcción de un monumento en donde se depositarán tanto los restos correspondientes a huesos calcinados como a carbones procedentes de la incineración de un individuo, aunque la escasez de huesos conservados pudiera en algún caso aportar ciertas dudas al respecto. En esta línea J. Blot abre ciertas posibilidades a nuevas líneas de estudio al considerar a estos monumentos no tanto sepulturas como "cenotafios", dadas las pequeñas cantidades, tanto de carbones vegetales como de huesos calcinados encontrados por lo general en su interior. Es decir que, según este autor, estaríamos ante posibles gestos simbólicos ligados a un ritual de incineración (Blot y Raballand 1995).

Con relación a estos temas, desde hace ya bastantes años parecían estar claras algunas cuestiones. Por un lado, la incineración del cadáver no tenía lugar en el interior del espacio circular delimitado por piedras, dada la ausencia de los restos que esta actividad produciría. Así mismo, se han detectado preparaciones "rituales" del suelo donde posteriormente se depositarán los restos, aparentemente parciales, de la incineración, que se suponía practicada en un lugar cercano. Es cierto que la escasez de restos, y habría que analizar las posibilidades de destrucción en algunos casos debido a la acidez del terreno de parte de las muestras, salvo en algunas excepciones (Millagate IV, con cerca de 1.500 gramos de restos humanos), apoya la teoría de que la finalidad del monumento no tuviera un carácter único de contener al cadáver incinerado, sino de alguna forma una parte simbólica del mismo.

Sin embargo todo ello nos puede conducir a pensar en que la quema del cadáver, y teniendo en cuenta que no se ha producido hasta la fecha el hallazgo de ningún resto de pira o lugar en donde se llevara a cabo este trabajo, pudiera haberse realizado a mayor distancia del monumento y, posteriormente, haberse llevado unos puñados de restos hasta el lugar ritual.

Se ha escrito mucho en torno a la coincidencia de estos restos con zonas de pasto y con rutas pastoriles de antigua tradición. Este hecho es perfectamente constatable y, por otra parte, parece lógico que algún tipo de relación tiene que existir entre esas rutas por las que a lo largo de amplios períodos se han movido, e incluso hoy se siguen moviendo los pastores con sus rebaños y los monumentos funerarios situados en sus proximidades, a cotas en muchos casos muy elevadas. Pero no creemos obligada la relación absoluta y generalizada entre cromlechs y trashumancia de largo recorrido.

Con respecto a la cronología de los cromlechs, son varias las dataciones absolutas disponibles en la actualidad correspondientes a estos monumentos (20, pertenecientes a los territorios de Gipuzkoa, Lapurdi, Behenafarroa y Zuberoa), y de ellas se desprenden algunas consideraciones de interés.

La práctica totalidad de las fechas proporcionadas por los análisis se incluyen dentro del primer milenio antes del cambio de Era, si bien abarcando un amplio abanico dentro del mismo; nos situamos ante un fenómeno uniforme no sólo en lo que a su distribución geográfica y tipología de su arquitectura y de sus escasas industrias se refiere, sino a su cronología. Los importantes cambios detectados en el milenio en diferentes aspectos del hábitat van a coincidir cronológicamente con una modificación en los sistemas de enterramiento hasta entonces conocidos, afectando a un área geográfica muy definida como ya hemos señalado; en ella, la utilización del cromlech pirenaico o mairubaratza como espacio funerario está fuera de toda duda.

4. CONCLUSIONES: EL HÁBITAT Y LOS RESTOS FUNERARIOS

De la relación entre los dos bloques fundamentales en que se divide el trabajo presentado, es decir el fenómeno del hábitat a lo largo del Bronce Final y la Edad del Hierro y el mundo funerario desarrollado en el mismo período, se obtiene lo que a nuestro entender son una serie de importantes consideraciones. Nos hallamos ante dos fenómenos contemporáneos y complementarios, si bien en nuestro caso separados por unas barreras muy claras de tipo geográfico.

Disponemos en la actualidad de 81 yacimientos correspondientes a lugares de habitación, casi en su

totalidad pertenecientes a poblados fortificados, ubicados a considerable altura sobre el valle. De su estudio hemos logrado sacar a la luz numerosos datos en torno a sus características así como de costumbres y actividades de sus constructores; hemos incluso en ocasiones podido reproducir las condiciones de su entorno físico más próximo, la vegetación y los cultivos. Y sin embargo en ningún caso hemos logrado localizar los enterramientos, individuales o colectivos, de estas gentes.

Por otro lado, contamos con 413 conjuntos de cromlechs catalogados en los que se han levantado un total de 1.104 monumentos de carácter individual, distribuidos en zonas elevadas de un área delimitada al Oeste por el río Leizaran y que a lo largo de los cordales pirenaicos alcanza al menos de momento las proximidades de Andorra (Baqueira Beret). Y en este caso tampoco disponemos de resto alguno correspondiente a hábitats, temporales o fijos, relacionados con estos yacimientos funerarios, a pesar de que se está trabajando actualmente en su búsqueda. Es decir, nos hallamos ante un numeroso conjunto de poblados que ocupan la práctica totalidad de los territorios, con mayor o menor densidad según los casos, donde no se localizan restos funerarios, frente a una gran extensión de montaña con grandes cantidades de restos funerarios con ausencia total de hábitats conocidos.

En la actualidad disponemos de buenos conocimientos en torno al megalitismo en las zonas objeto de este estudio, y no sólo referente a los restos correspondientes al período aquí tratado sino a los de etapas anteriores (fenómeno dolménico y tumular). Partiendo de este conocimiento, resulta hoy impensable la posibilidad de la existencia de cromlechs en las zonas donde se han localizado los poblados, principalmente al Oeste del río Leizaran, dentro de los territorios de Gipuzkoa y Bizkaia. Así pues, creemos que los trabajos de búsqueda de restos funerarios asociados a los poblados hoy conocidos deben ir en otro sentido distinto del de los cromlechs.

Por lo que se refiere a las áreas ocupadas por cromlechs, los posibles hábitats, estables o no, pudieran no corresponder a la tipología de poblados fortificados hoy conocidos y su hallazgo no sería fácil si tenemos en cuenta la cubierta vegetal que ocupa esta parte del territorio.

El espacio donde se desarrolla el fenómeno de los cromlechs es extremadamente montañoso, con una sucesión de montaña y valle, las primeras formando líneas de cumbres de dirección E-W y los valles de componente N-S principalmente. Este hecho produce fuertes contrastes altimétricos debido a las pendientes de las laderas y a la corta distancia existente entre las cotas máximas y los valles. Así por ejemplo, en el Pirineo central, mientras los cromlechs se sitúan a una media de 1.800 m sobre el nivel del mar, la cota del

valle se localiza en los 500 m, separando ambas cotas una distancia en línea recta de entre 15 y 20 km. En el caso del Pirineo Occidental, a la altura de Behenafarroa, la distancia entre cotas máximas y valle es menor, disminuyendo la relación distancia/altitud, es decir, que mientras los cromlechs se sitúan a una altitud media de 1.000 m y la cota de valle alcanza los 280 m, la distancia entre ambos puntos en línea recta es de 7 km.

Por otra parte, las condiciones climáticas de estas áreas de montaña hacen que la línea de nieves perpetuas invernales (noviembre-mayo) se sitúe, según G. Viers (1973), a una altura de 1.500 m, disminuyendo el número de días de nieve en el suelo progresivamente según se desciende en altura, considerándose las condiciones climáticas por debajo de los 400 m homogéneas y equivalentes a las de la costa.

Interrelacionando los factores de relieve y climatología, apreciamos que en la zona de los montes vascos y en el extremo occidental del Pirineo (Bizkaia, Gipuzkoa y Lapurdi), con medias altimétricas inferiores a los 625 m (ubicación de los cromlechs), tienen lugar escasos días en los que existe nieve en el suelo, produciéndose condiciones de habitabilidad muy semejantes a las del valle. En el Pirineo Occidental (Behenafarroa, Nafarroa y Zuberoa), la altitud de los cromlechs es mayor, oscilando las medias entre los 865 m en Nafarroa y los 1.229 m en Zuberoa, siempre por debajo de las nieves perpetuas invernales; en este caso la relación entre montaña y valle hace que las zonas de cromlechs se sitúen a muy corta distancia de las áreas en donde las condiciones climáticas permiten un hábitat continuo para el hombre, por debajo de los 700 m. Ya en el Pirineo Central, las condiciones son más rigurosas y los cromlechs se localizan a altitudes que oscilan entre los 1.610 y los 1.933 m (medias por territorio), todos ellos por encima de los 1.500 m, y agravado esto último por las características propias de esta parte del Pirineo, con una mayor masividad que originará una climatología más rigurosa que a similar altura en el Pirineo Occidental. De todos modos, la relación entre ubicaciones de cromlechs y valle nos indica que desde los primeros se puede alcanzar la cota de los 700 m en distancias en línea recta de entre 10 y 15 km, y la cota 511 (Laruns) a distancias de entre 15 y 20 km, siempre dentro de la vertiente Norte del Pirineo, en donde el contraste altimétrico es mayor.

Otro factor a tener en cuenta es el de la bioclimatología. Conforme aumenta la altitud, el período de tiempo libre de heladas es menor. Así, a 700 m de altura existe riesgo de heladas desde finales de octubre hasta finales de mayo, mientras que por debajo de los 400 m ese riesgo se limita al período comprendido entre mediados de noviembre y mediados de abril. Las heladas van a afectar al período vegetativo produciendo un agotamiento de los pastos invernales con lo

que los posibles rebaños se verían obligados a realizar continuos desplazamientos, que podrían ser de tipo vertical (montaña-valle).

Distribuyendo los cromlechs según su altitud en tres grupos (de 0 a 600 m, de 600 a 1.500 m y de 1.500 m en adelante), obtenemos los siguientes resultados.

- Entre los monumentos catalogados en Euskal Herria, un total de 50 conjuntos se sitúan por debajo de los 600 m, zona perfectamente habitable a lo largo de todo el año. Otros 238 conjuntos se ubican entre los 600 y los 1.500 m, zona de nieve en su franja más elevada en épocas muy limitadas del año; tan sólo 3 conjuntos se encuentran por encima de los 1.500 m. Esto significa que de un total de 291 conjuntos catalogados, 288 se localizan entre los 0 y los 1.500 m, franja en la que es posible el hábitat de forma aceptable salvo en períodos muy limitados.

- Este hecho se modifica considerablemente si analizamos los cromlechs situados en los territorios al Este de Euskal Herria (Bearn, Altos Pirineos y Huesca), en cuyo grupo tan sólo un conjunto se localiza entre los 0 y los 600 m y 37 entre los 600 y los 1.500 m; es decir, que un total de 38 conjuntos entran dentro de la franja de entre 0 y 1.500 m. La cifra de los construidos por encima de los 1.500 m no obstante se eleva a 83 conjuntos.

- Recopilando los datos de la totalidad de yacimientos catalogados (413), 51 corresponden al grupo de entre 0 y 600 m y 276 al de los 600 a 1.500 m, o lo que es lo mismo, un total de 327 conjuntos habrían sido levantados en la franja 0-1.500 m y los 86 restantes por encima de esta última cota.

Partiendo de lo expuesto hasta aquí, vamos a referirnos a dos hipótesis basadas en la interpretación de los conocimientos hoy disponibles relativos a los hábitats y a los enclaves funerarios.

La primera de ellas es la única planteada desde hace ya muchas décadas y se apoya en la existencia de rutas de trashumancia, de origen posiblemente prehistórico, que han perdurado hasta fechas recientes e incluso hasta nuestros días. En esta hipótesis, basándose en que el fenómeno de los cromlechs está directamente relacionado con cotas elevadas del Pirineo, se plantea la existencia de grupos de pastores que de forma estacional y siguiendo las antiguas vías pastoriles ascienden y descienden de los pastos de altura cuando lo marca la climatología. Es decir, los constructores de estos círculos serían pastores que recorrerían esas zonas en la etapa estival para descender de nuevo a cotas inferiores una vez que el frío y la nieve ocupasen esas áreas. El hecho de que hasta hace escasos años no se conociese la existencia de hábitats contemporáneos a estos cromlechs hacía que todo quedase de forma ambigua, es decir, que esas gentes, con sus rebaños, descendían a cotas más bajas, sin poderse ubicar su destino exacto.

Tras el hallazgo de abundantes recintos de habitación en cotas inferiores, disponemos de un mayor número de elementos para establecer relaciones aunque estas no ofrezcan de momento resultados concluyentes. ¿Proceden estos pastores constructores de cromlechs de los poblados hoy conocidos, y por tanto vuelven a ellos en los meses fríos del año? Si es así, lo que parece estar claro es que a lo largo del invierno, los que pudieran morir no utilizaban la misma forma de enterramiento que en verano; de lo contrario hubieran sido localizados algunos de los cromlechs en las zonas más o menos próximas a estos recintos, por otra parte muy prospectadas. En el caso de que hubiesen habitado en lugares distintos a los recintos fortificados, en hábitats dispersos, del mismo modo se hubieran localizado los restos de estos círculos, y tampoco ha sido así. En principio resulta difícil creer en la posibilidad de que estas gentes utilizaran diferentes formas de enterramiento en dependencia de la época del año y del lugar en que murieran, pero si esos movimientos de trashumancia tenían lugar entre ambas zonas naturales y arqueológicas tendríamos que pensar en principio en un cambio, al menos formal de los tipos de enterramiento.

Existe sin embargo la posibilidad de que los pastores, con un ritual propio de enterramiento, fueran un grupo numéricamente muy minoritario en relación con la población que ocuparía los poblados estables, por lo que este cambio ritual pasaría prácticamente inadvertido en estas gentes, volviendo a mantener el enterramiento megalítico al retornar a las zonas de montaña, que podría tener además de la función ritual una de señalización del lugar de depósito de las cenizas, en espacios abiertos, algo no necesario en las necrópolis colectivas que existirían en las proximidades de los poblados.

Dentro de esta misma hipótesis relacionada con la trashumancia existe la posibilidad de que estas poblaciones de pastores no perteneciesen a los poblados citados y estudiados por nosotros, sino que formasen parte de otros núcleos, tanto al Norte como al Sur de los cordales pirenaicos, en donde se han hallado enterramientos de tipo circular/tumular, aunque con diferencias notables con los aquí tratados, tanto en lo relativo a su tipología como a la riqueza de los materiales depositados. Estos yacimientos, como los situados en Yesa (Nafarroa), Sur de Lérida, en los términos de Serós y Gerp (Diez-Coronel 1962, 1964/65), así como en Lot y Garonne (Blot y Raballand 1995), podrían guardar relación con los constructores de los cromlechs pirenaicos.

Tal y como hemos señalado anteriormente, F. Gaudeul (1978), en referencia al recinto fortificado de Zerkupe, uno de los pocos excavados en la zona Norte del Pirineo aunque con escasos resultados concretos para la etapa protohistórica, mantiene la posibilidad

de que nos hallemos ante un recinto refugio a donde acudirían en este caso los pastores con sus rebaños en momentos de peligro. Se mantiene pues el concepto de recinto refugio aunque en este caso de carácter pastoril dada la ubicación del mismo. Este yacimiento es el más próximo de los conocidos al contexto de los cromlechs, y presenta una serie de características que lo hacen diferente en varios aspectos además de su ubicación en plena zona de los grandes cordales, tales como la elección de una roca prácticamente inaccesible o sus pequeñísimas dimensiones.

Al hilo de lo hasta ahora tratado nos hacemos algunas preguntas: ¿dónde enterraban los pastores que de forma estacional ocupaban a lo largo del Bronce Final y la Edad del Hierro los cordales montañosos de Bizkaia, Gipuzkoa y Nafarroa (Gorbea, Aizkorri, Aralar o Ernio, entre otros), de gran tradición trashumante y en donde no se han localizado restos de cromlechs? ¿No sería a estos cordales y a otros de estas características a donde pudieran desplazarse los pastores de los poblados de Maruelea, Intxur o Buruntza, entre otros, en verano? La ausencia de cromlechs es evidente en todas estas zonas.

En cuanto a la segunda hipótesis, la planteamos aquí por primera vez con todas las reservas, siendo conscientes de que serán las labores principalmente de campo que se desarrollen en años venideros las que podrán marcar las líneas más seguras en la interpretación de estas poblaciones a lo largo del primer milenio antes del cambio de Era.

En páginas precedentes se ha hecho referencia al relieve pirenaico y a los contrastes de altitudes entre las cotas más elevadas, en donde se ubican la mayor parte de los cromlechs y las zonas de valle, así como a las distancias entre ambos tipos de relieve. Con el objetivo de definir de forma más precisa todos estos aspectos se han realizado una serie de cortes a los grandes ejes montañosos, en puntos de variadas características, con altas densidades de cromlechs. En ellos se aprecia la relativa proximidad entre las cotas más elevadas y los valles en donde es posible el establecimiento de hábitats a lo largo de todo el año. Ya hemos hecho así mismo referencia a las características climáticas de estas áreas de montaña y a las considerables variaciones que se producen en pocos kilómetros, en dependencia principalmente de las altitudes s.n.m.

Partiendo de estos datos y de la clara delimitación espacial del fenómeno de los cromlechs, separados en la práctica totalidad de los casos de los recintos de habitación hoy conocidos, planteamos la segunda hipótesis. Ésta consiste en la posibilidad de que existiera un grupo humano cohesionado, ubicado en las zonas en donde hoy se detecta dicha forma funeraria y en sus entornos, considerablemente menos elevados. Esta idea plantearía la existencia de gentes diferenciadas que ocuparían la zona oriental de los montes vascos y

el eje pirenaico hasta las proximidades de Andorra, al menos en el actual estado de las investigaciones, constituyendo un marco natural muy homogéneo.

Si exceptuamos los enclaves de cromlechs más occidentales (estaciones guipuzcoanas de Igeldo, Jaizkibel, Onyi-Mandoegi y Oiartzun) y algunos otros de cotas bajas del territorio de Lapurdi, donde por situarse por debajo de los 600 m es posible el poblamiento a lo largo de todo el año, en otros grupos la estancia sería más problemática a lo largo de ciertos meses, y en algunos, principalmente situados en las zonas más orientales, ésta no sería posible de forma permanente. Pero nos estamos refiriendo a áreas en principio de pasto, donde pudieran haber existido una serie de establecimientos temporales no excesivamente complejos, en torno a los cuales pudieran servir de referencia los primeros restos de hábitats de montaña localizados en la zona de Urbia (Aizkorri, Gipuzkoa), a la vez que contaran con otros puntos, éstos estables y no forzosamente amurallados, en cotas inferiores de los valles cercanos, dentro del propio ámbito pirenaico, en donde las condiciones de habitabilidad serían completamente válidas.

La ubicación de poblaciones estables en la actualidad en zonas próximas a las de los cromlechs, si bien a cotas considerablemente más bajas que ellos, dentro de las áreas más elevadas del Pirineo, apoyan la posibilidad de la existencia de hábitats estables en la antigüedad a lo largo de la cordillera. Por nuestra parte hemos revisado algunos de los núcleos hoy habitados a lo largo de todo el año; el conocimiento y estudio de estos lugares hace pensar en la hipótesis planteada, al menos como posibilidad.

Por lo que se refiere al emplazamiento tan elevado de estos monumentos funerarios, pudiera obedecer a creencias concretas en las que la visibilidad de los puntos elegidos, lo destacado del lugar, o alguna de las características de estos enclaves, tuvieran un valor importante. La función simbólica de ciertos puntos orográficos preeminentes o la sacralización de accidentes naturales (Andrés 1990) podrían ser motivo así mismo

de su elección. Por otra parte, las interpretaciones en torno a estos cromlechs como cenotafios conmemorativos pudiera llevarnos a pensar en la posibilidad de que no fuesen exclusivamente pastores los introducidos en estos círculos sino que tras la incineración de los cadáveres, tal vez en zonas no tan cercanas a los propios cromlechs como se viene suponiendo, fuesen subidas unas pequeñas cantidades de huesos calcinados y carbones hasta cotas superiores con el fin de llevar a cabo una serie de rituales. En este sentido sería de interés que se siguiesen con atención los restos, tanto antropológicos como de materiales, procedentes de los cromlechs excavados con el fin de comprobar si nos hallamos ante rituales relacionados con un tipo de individuos muy concretos del grupo (adultos masculinos) o existen también cadáveres femeninos e incluso de niños. Recordemos a este respecto que pese a la escasez de materiales disponibles en la actualidad, en el cromlech de Oianleku Ipar (Oiartzun, Gipuzkoa) fue hallado un anillo de bronce junto a los restos óseos calcinados de un individuo del que no pudo precisarse el sexo.

Existe otro elemento diferenciador entre los fenómenos hábitat y funerario a que nos estamos refiriendo. En comunicación verbal, C. Olaetxea, tras una serie de análisis petrográficos de láminas delgadas, ha observado que las pastas cerámicas correspondientes a los cromlechs de Oianleku Ipar en Gipuzkoa y Apatasaro Hego y Sohandi en Behenafarroa presentan características diferentes a las pertenecientes a poblados como Intxur, Buruntza y Basagain, teniendo al parecer mayor relación con cerámicas de algunos de los poblados de la cuenca de Iruña.

En nuestra opinión la interrupción radical de los cromlechs en el río Leizaran por el Oeste y su extensión a partir de esa delimitación de forma uniforme hacia el Este, nos parece que pudiera guardar relación con el territorio de los Vascones, con el cual coincidiría precisamente en ese límite occidental, que es todavía hoy la línea separadora de dos formas dialectales del euskera.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. (1994): El urbanismo en la Hispania "Céltica": Castros y Oppida. In: Castros y Oppida en Extremadura. *Complutum Extra*, 4: 13-75.
- ALTUNA, J.; ARMENDÁRIZ, A.; BARRIO, L. DEL; ETXEBERRIA, F.; MARIEZKURRENA, K.; PEÑALVER, J.; ZUMALABE, F.J. (1990): *Gipuzkoa. Karta Arkeologikoa. I. Megalitoak*. Munibe (Antropología-Arkeología), Suplemento 7. San Sebastián.
- ALTUNA, J.; ARMENDÁRIZ, A.; ETXEBERRIA, F.; MARIEZKURRENA, K.; PEÑALVER, X.; ZUMALABE, F.J. (1995): *Gipuzkoa. Karta Arkeologikoa. II. Haitzuloak*. Munibe (Antropología-Arkeología), Suplemento 10. San Sebastián.
- ALTUNA, J.; MARIEZKURRENA, K.; ARMENDÁRIZ, A.; BARRIO, L. DEL; UGALDE, TX.; PEÑALVER, J. (1982): Carta Arqueológica de Guipúzcoa. *Munibe*, 34: 5-242.
- ANDRES, T. (1990): El fenómeno dolménico en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42: 141-152.
- ANDRES, T. (1998): *Colectivismo funerario Neo-Eneolítico. Aproximación metodológica sobre datos de la cuenca*

- alta y media del Ebro*. Institución “Fernando el Católico”. Excma. Diputación de Zaragoza, Zaragoza.
- APELLÁNIZ, J.M. (1981): Organización del territorio, arquitectura y concepto de espacio en la población prehistórica de cavernas del País Vasco. *El hábitat en la historia de Euskal Herria*, Bilbao: 31-45.
- ARMENDÁRIZ, A. (1990): Las cuevas sepulcrales en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42: 153-60.
- AROSTEGUI, M.J.; GARCÍA CAMINO, I. (1988): El recinto fortificado de Tromoitio (Garai): una aportación a la Carta Arqueológica de Bizkaia. *Kobie*, 17: 181-200.
- BARANDIARÁN, I. (1974): *Guipúzcoa en la Edad Antigua. Protohistoria y Romanización*. Col. Documento. C.A.P. de Guipúzcoa, San Sebastián.
- BARANDIARÁN, J.M. DE (1961): *El castro de Intxur*. Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián.
- BARANDIARÁN, J.M. DE (1972): *Diccionario Ilustrado de Mitología Vasca. Obras Completas I*. Ed. La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao.
- BLOT, J.; RABALLAND, CH. (1995): Contribution à l'étude des cercles de pierres en pays basque de France. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 92-4: 525-48.
- CASTIELLA, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Cuadernos de Trabajos de Historia, 6. Universidad de Navarra, Pamplona.
- CHAUCHAT, CL. (1984): La grotte du Phare de Biarritz premiers résultats. *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 81-1: 343-354.
- DUVERT, M. (1990): Données ethnographiques sur le vécu traditionnel de la mort en Pays Basque-nord. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42: 479-488.
- ESTEBAN, M. (1990): *El País Vasco Atlántico en época romana*. Cuadernos Universitarios 6, Departamento de Historia, Universidad de Deusto, San Sebastián.
- FILLOY, I. (1993): El fenómeno funerario durante la Edad del Hierro en el País Vasco. *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, Trabajos de Antropología e Etnología, 33 (fasc. 3-4): 377-391.
- GAUDEUL, F. (1978): L'enceinte de Zerkupe. *Bulletin du Musée Basque*, 81-82: 183-196.
- GAUDEUL, F. (1985): Les enceintes de type protohistorique du Pays Basque Français. *Archéologie des Pyrénées Occidentales*, 5: 1-16.
- GAUDEUL, F. (1987): Les enceintes dites protohistoriques du Pays Basque Français. *Cuadernos de Sección. Eusko Ikaskuntza. Antropología. Etnografía. Prehistoria. Arqueología*, 1: 9-32.
- GORROCHATÉGUI, J.; YARRITU, M.J. (1984): *Carta arqueológica de Vizcaya. Segunda parte: Materiales de superficie*. Cuadernos de Arqueología de Deusto 9, Bilbao.
- GORROCHATÉGUI, J.; YARRITU, M.J. (1990): El complejo cultural del Neolítico Final-Edad del Bronce en el País Vasco Cantábrico. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42: 107-123.
- IBÁÑEZ, J.J.; ZAPATA, L.; GONZÁLEZ, J.E. (1998): Cueva de Kobaederra (Oma, Kortezubi). III campaña. *Arkeoikuska-97. Investigación Arqueológica*: 130-133.
- IRIARTE, M.J.; ZAPATA, L. (1996): *El paisaje vegetal prehistórico en el País Vasco*. Diputación Foral de Álava, Vitoria.
- LLANOS, A. (1978): El Bronce Final y la Edad del Hierro en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya. *II col.loqui internacional d'arqueologia de Puigcerdà, Els pobles pre-romans del Pirineu*, Puigcerdà: 119-127.
- LLANOS, A. (1990): La Edad del Hierro y sus precedentes, en Álava y Navarra. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42: 167-179.
- LLANOS, A. ET ALII (1987): *Carta Arqueológica de Álava. I*. Diputación Foral de Álava, Vitoria.
- MARCOS, J.L. (1982): *Carta arqueológica de Vizcaya. Primera parte: yacimientos en cueva*. Cuadernos de Arqueología de Deusto 8, Bilbao.
- MOHEN, P.P. (1980): *L'Age du Fer en Aquitaine du VIII au III siècle avant Jesus-Christ*. Memoires de la Société Préhistorique Française, Tome 14, Paris.
- MUJKA, J.A. (1991): Dolmen de Zorroztarri (Idiazabal-Segura). *Arkeoikuska-89. Investigación Arqueológica*: 92-3.
- OLAETXEA, C. (1997): Memoria de las excavaciones arqueológicas en el Poblado del monte Buruntza 1992-1996 (Andoain, Gipuzkoa). *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 49: 111-133.
- OLAETXEA, C. (2000): La tecnología cerámica en la Protohistoria Vasca. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, Suplemento 12: 11-211.
- OLAETXEA, C.; PEÑALVER, X.; VALDES, L. (1990): El Bronce Final y la Edad del Hierro en Gipuzkoa y Bizkaia. *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 42: 161-165.
- OLAETXEA, C.; PEÑALVER, X. (1994): L'archéologie de l'Age du Fer en Euskal Herria sud (Pays Basque péninsulaire). *Aquitania*, XII: 323-333.
- PEÑALVER, X. (1987): Mulisko gaineko indusketa arkeologikoa. Urnieta-Hernani (Gipuzkoa). *Munibe (Antropología-Arkeología)*, 39: 93-120.
- PEÑALVER, X. (1990): El ritual funerario en los “cromlechs” pirenaicos según los últimos trabajos en el conjunto megalítico de Mulisko Gaina. Urnieta-Hernani (Gipuzkoa). *Zephyrus*, 43: 131-136.
- PEÑALVER, X. (1997): Poblado de Basagain (Anoeta). *Arkeoikuska-96. Investigación Arqueológica*: 112-113.
- RIPA, P. (1991-92): Monumentos Megalíticos de Navarra 1890-1990. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 10: 185-223.
- SÁENZ DE URTURI, F. (1986): Los castros de Lastra. Caranca. Valle de Valdegobia. (Álava). *Arkeoikuska-84. Investigación Arqueológica*: 24-26.
- TARACENA, B.; FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A. (1945): *Memoria sobre las excavaciones en el castro de Navarniz (Vizcaya)*. Junta de Cultura de la Excelentísima Diputación de Vizcaya, Bilbao.
- TOBIE, J.L. (1989-1990): Formes d'habitats et d'habitations en Pays Basque Nord a l'époque protohistorique et durant la romanisation (Bref état de la question). *Kobie (Antropología Cultural)*, 4: 7-11.
- UNZUETA, M. (1990-1991): Bizkaia prerromana: últimas investigaciones e interpretación arqueológica. *Kobie (Paleoantropología)*, 19: 56-73.
- UNZUETA, M. (1993): Indigenismo prerromano en la vertiente cantábrica del País Vasco: Fuentes documentales y contexto arqueológico. *Illunzar/94*: 101-112.
- VALDES, L.G. (1984): Avance a la III Campaña de excavaciones del castro protohistórico de Marueleza (Navarniz, Bizkaia), 1984 y excavación de urgencia en el castro de Kosmoaga (Luno; Bizkaia). *Kobie*, 14: 181-192.
- VIERS, G. (1973): *Los Pirineos*. Ed. Oikos Tau, Barcelona.



ISSN 1131-6993

Referencia: COM

Departamento de Prehistoria
Facultad de Geografía e Historia
Ciudad Universitaria
28040 Madrid

Tel. +34 913 94 60 06

Fax +34 913 94 60 08

ehdc@ghis.ucm.es

www.ucm.es/info/preh/complutum/index.htm

Director:
Martín Almagro-Gorbea

Secretario:
Víctor Fernández Martínez

Año de fundación:
1991

Periodicidad:
anual

Formato:
20 x 28 cm

Último número
publicado en 2000:
11

Números agotados:
1, 2-3 y 4

PRECIOS

España y
Unión Europea

Suscripción anual:
5.000 ptas./30,05 €
Número suelto:
6.000 ptas./36,06 €

Resto del mundo:
Suscripción anual:
55,00 \$
Número suelto:
65,00 \$

Colección en CD-Rom
(formato PDF):
ISBN 84-95215-08-X
Números 1 al 11 (1991-2000)

Precio CD-ROM:
Institucional 12.000 ptas./72,12 €
Individual 9.000 ptas./54,09 €
(IVA incluido)

Complutum responde a la necesidad de presentar trabajos en las líneas más avanzadas de la Prehistoria de la Península Ibérica, dentro del marco de la Europa suroccidental y mediterránea. Esta publicación, concebida como una serie, para ofrecer la mayor flexibilidad posible, abarca temas diversos, siempre siguiendo las más recientes tendencias de innovación teórica, metodológica e interdisciplinariedad de las ciencias arqueológicas y prehistóricas.

The Complutum magazine responds to the need to publish advanced studies on the Prehistoric era of the Iberian Peninsula and includes southwestern and mediterranean Europe. This publication, presented in serial format in order to offer the most flexibility possible, treats diverse subject areas and always follows the most recent tendencies in innovative theory, methodology and interdisciplinary aspects of archeological and prehistoric sciences.